Augusto Fochs
Y
Manuel Ferradas

La Sonrisa de Dios

COMEDIA

en dos actos y en prosa



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1918

LA SONRISA DE DIOS

La sonrisa de Dios

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL DE

Augusto Fochs Arbós

Y

Manuel Terradas Morlans

Estrenada con éxito extraordinario la noche del 15 de Diciembre de 1914, en el TEATRO POLIORAMA de Barcelona, y en el TEATRO COLISEO IMPERIAL de Madrid, la noche del 22 de Octubre de 1917.



BARCELONA
Imprenta de Arte, Sanxo y C.ª, Provenza, 304
TELÉFONO 111 G.
1918

REPARTO

EN MADRID

PERSONAJES	ACTORES
ENRIQUETA . , ...	Srta. Matilde Asquerino
D.ª AURELIA.	Sra. Blanco.
IRENE	» Calmarino.
PADRE LUIS.	Sr. José Portes.
ROBERTO.	» Sánchez.
OCTAVIO.	» Torres.
D. CRÍSPULO	» Gámez.
D. JEREMIAS.	» Latorre.
ESTEBAN.	» Rosés.

La acción en una aldea próxima a Madrid.
Epoca actual.

REPARTO

EN BARCELONA

PERSONAJES	ACTORES
ENRIQUETA . . , . . .	Srta. Pura Mareca.
D.ª AURELIA.	Sra. Caire.
IRENE	» Vázquez.
PADRE LUIS. . . . , ,	Sr. José Domínguez.
ROBERTO.	» Santamaría.
OCTAVIO	» Manuel Domínguez.
D. CRÍSPULO	» Vázquez.
D. JEREMIAS.	» Alvarez Segura.
ESTEBAN.	» Gallard.

La acción en una aldea próxima a Madrid.
Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Gabinete despacho sencillamente amueblado. A la derecha mesa sencilla de escritorio de caoba. Junto a la mesa un sillón también de caoba forrado de cuero. Sillas y mecedora de rejilla. En el testero de pared fronterizo a la mesa un crucifijo de gran tamaño sobre fondo obscuro. Una librería con volúmenes. Al pie del crucifijo un reclinatorio pintado de negro. Pendiente del techo una lámpara sencilla de petróleo. En el foro ventana entreabierta que da a la calle. A ambos lados puertas laterales la de la derecha de entrada a la habitación y la de la izquierda de comunicación al piso. (*Vse.*)

ESCENA PRIMERA

PADRE LUIS—IRENE

IRENE. (*Desde la puerta, con voz regañosa.*) Ahí fuera aguarda Esteban Vargas, que, según dice, le urge mucho hablar con usted. ¿Qué le digo?

P. LUIS. Que entre. Cuando desea hablarme es porque algo necesita..., y si de mí depende...

IRENE. Sí, no es menester que se esfuerce...De sobra sabemos que no tiene usted un no para nadie. Así andamos nosotros...

P. LUIS. Vamos, mujer... Si no puedes regañar, ya no estás contenta. Dios nos mandó ser caritativos, y hay que cumplir sus mandatos. Hay tanta miseria en el mundo..., tantas lágrimas que enjugar... Dile a Esteban que entre, y tú procura remediar ese mal genio.... Vamos, ¿qué esperas? No has oído...

IRENE. ¿Va used a recibirle?

P. LUIS. Naturalmente.

IRENE. Y si le pide...

P. LUIS. Si me pide, le daré lo que pueda... No voy a dejarle marchar con las manos vacías.

IRENE. Pero...

P. LUIS. Basta de observaciones... y obedece.

IRENE. (*Levantando los brazos en alto.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío! A este paso no tardaremos en pedir limosna.

ESCENA II

DICHOS Y ESTEBAN

EST. (*Dando vueltas a la gorra, desde la puerta, sin atreverse a entrar.*)
¡Señor cura!...

P. LUIS. Entra, hombre, y déjate de cumplidos... (*Indicándole una silla.*)
¿Qué se te ofrece?

EST. Pues... es el caso...

IRENE. (*Desde el foro.*)
Como si no supiéramos para lo que viene.

P. LUIS. Se te ha hecho un nudo en la lengua... Necesitas dinero, ¿no es esto?

EST. Dió usted en el clavo, señor cura... Yo no sabía cómo decírselo... Se conoce que tiene usted mucha penetración.
(*Riendo.*)
¡Já, já, já!

IRENE. Ya se ve... ¡Claro! Si asta el trabajo de pedirlo le ahorra!
(*Vase.*)

P. LUIS. ¿Necesitas mucho?

EST. No. Ya sabe usted que el año ha sido malo..., el diablo se llevó toda la cosecha... y como... uno no tiene que comer... y no va a alimentarse del aire del cielo..., claro... milagros no pueden hacerse... Luego los chiquillos se le comen a uno por los pies...; que ahora unos zapatos, que ahora un vestido... ¡siempre necesitan algo!... ¡Pues... y lo que comen!... Se horrorizaría usted, señor cura... En pan, sólo, se tragan un capital. Y... ya se sabe... allí donde no entra y se saca todos los días...

P. LUIS. Bueno, bueno... y a todo esto, ¿qué es lo que necesitas? No te subas mucho por las nubes, porque te advierto que mi bolsa está algo anémica de algún tiempo a esta parte. No pasa día que no tenga que socorrer a alguien... y el dinero se me va como el agua.

EST. Cómo... ¿Pues y las misas?

P. LUIS. Las misas, hijo mío, dan para que co-

mamos Irene y yo, y no faisanes precisamente, pero no alcanzan para dar de comer a todo el pueblo.

EST. (*Echándose a reir y dándole una palmada en el hombro.*) ¡Vamos, no se haga usted el pobre, señor cura..., que buenas peluconas debe usted tener guardadas! ¡El oficio es de los que dan... y hoy día ¡ya se sabe! si uno quiere medrar, no hay como hacerse cura!

P. LUIS. Pues, mira..., hace treinta años que visto estos sagrados hábitos..., y en treinta años de decir misa... no he podido reunir todavía un mal ahorrillo para cuando los años y los achaques me imposibiliten en un rincón. Ya ves tú cómo el oficio, según tú le llamas, no es de los que dan para arrastrar coche.

EST. ¡En qué ha pensado usted, hombre de Dios! ¡Ha estado usted en Babia!

P. LUIS. He pensado, antes que en mí, en los demás... He pensado, que antes de tener un duro ahorrado, ese duro podía llevar la alegría y el bienestar en el hogar de muchos desgraciados... Ya sabes ahora en lo que he pensado y en lo que seguiré pensando hasta que Dios me llame a su lado...: en hacer el bien, en la medida que mis escasas fuerzas me permitan...

EST. Cada uno piensa a su manera. A mí se me ha metido entre ceja y ceja que mi chico sea cura, y no pararé hasta verle cantar misa. Y para esto, ya le tengo inculcadas mis ideas.

P. LUIS. ¿Tiene vocación tu hijo?

EST. Yo que sé...; pero para nada necesita la vocación... La cuestión es que aprenda bien el latín... y para eso no creo que se necesite ser nigún sabio Salomón.

P. LUIS. Y sin vocación, le obligarás a emprender una carrera, para la cual se requiere una fe absoluta, una voluntad ciega..., un espíritu puro y sereno y un amor a Dios sobre todas las cosas. Y si después de haber pronunciado sus votos se arrepiente y siente vacilar su alma ante el sacrificio... ¿quién será el responsable de su culpa? No, Esteban, no... Dios no quiere nada a la fuerza... Los que van a El, deben ir por su propia voluntad..., no a regañadientes. ¿Qué quieres? ¿Que tu hijo sepa ganarse la vida y sea honrado

y laborioso? Para esto no es menester que ingrese en el servicio de Dios... En todos los oficios y en todas las carreras se puede servir a Dios sin necesidad de renunciar al mundo. Haz de él un hombre de bien y habrás cumplido con tu deber.

EST. No lo crea usted, señor cura. Usted, claro, como anda siempre ocupado con las cosas del cielo, no se fija mucho en lo que ocurre por la tierra... Hoy, los hombres de bien, se mueren de hambre.

P. LUIS. ¡Esteban!

EST. No se ofenda usted, señor cura, pero es la verdad... Se conoce que Dios tiene mucho que hacer por allá arriba, y tiene bastante olvidado lo de aquí abajo. Hoy si no tiene usted más garantía que su honradez y su hombría de bien... nadie le dará a usted ni un céntimo... Dígamelo used a mí... que cuando he ido a pedir en alguna parte, me han dado siempre esquinazo.

P. LUIS. ¿Acaso lo hago yo?

EST. No; pero usted tiene más de santo que de hombre, y... ¡claro!... Desengáñese usted, señor cura... los únicos que tienen suerte son los pícaros.

P. LUIS. Calla... calla...
(*Pausa.*)
Y... ¿cuánto necesitas?

EST. Pues, mire usted... para poder atar los dos cabos... me harían falta... ¡cincuenta reales!

P. LUIS. (*Levantándose y dirigiéndose hacia la mesa, abriendo uno de los cajones y apoderándose de algunas monedas.*)
Bueno, bueno...; creí que se trataría de algo más.
(*Entregándole el dinero.*)
Toma... y procura salir del apuro.
(*Irene asoma la cabeza por entre la puerta haciendo gestos de protesta.*)

EST. (*Guardándose el dinero.*)
Muchas gracias, señor cura... No se va a poner poco contenta mi mujer... Ella, ya me lo dijo. Si no te lo da el Padre Luis, no te lo da nadie. Ahora mismo voy a entregárselo.

ESCENA III

DICHOS e IRENE

IRENE. Con tal que no vayas a jugártelo... que es lo más presumible...

P. LUIS. ¡Irene!...

EST. ¡Como! ¿Acaso me ha visto usted jugar alguna vez?... Se conoce que la han informado a usted mal.

IRENE. Querrás negarme que el domingo pasado estuviste jugando toda la tarde, en el café de la plaza, en compañía de tus dos compinches el cojo y el Posturitas? Yo lo ví, con estos ojos que se ha de comer la tierra, y es inútil que trates de negarlo. Probablemente, mientras tú te pasabas el tiempo jugándote el jornal de la semana, tu pobre mujer andaría de cabeza, sin hallar un mal mendrugo de pan conque acallar el hambre de los pequeñuelos.

EST. ¡Y bien! ¡No lo niego!... Echamos unas partidas para pagar el gasto... esto fué todo.

IRENE. ¡Como si no te conociera! Yo no me dejo engatusar como este santo varón, que de puro bueno se le van a comer las moscas.

P. LUIS. Irene, te prohibo...

IRENE. Ya sabe usted, señor cura, que yo no tengo pelos en la lengua, y cuando llega el caso de cantar las verdades, no me arredra ni el rey de España... Pues qué... ¿es justo y razonable que mientras una pasa penas y fatigas y va una hecha una pringosa por no gastarse los cuatro cuartos que cuesta un equipo medio decente, venga un sinvergüenza cualquiera y se lleve lo que cuesta tantos afanes y tantos sudores de arrinconar?

P. LUIS. Vamos, vamos... cuando se te desata la lengua, no te detienes... (*A Esteban.*) Se halla muy excitada y no sabe lo que dice.

IRENE. ¡Eso es! ¡Llámeme usted loca, en buenas palabras! No tema usted... ya callaré la voz y no volverá usted a oirme... Por mí, pueden llevárselo todo. Anda, hombre, anda...; empieza a cargar con los muebles, ¿a qué esperas? No ves que el señor cura es tan caritativo... El, con tal de que tenga un mal jergón donde echarse a dormir, es todo lo que necesita... Llé-

vatelo todo, hombre, llévatelo todo... que ya nos darás tú luego, cuando nos haga falta... con la puerta en las narices.

P. LUIS. (*Empujando a Esteban hacia la puerta.*) Márchate ya, márchate...; tiene el genio algo fuerte, pero en el fondo es un pedazo de pan. No le hagas caso.

EST. No, si no me ofendo. Vaya, que usted quede con Dios, y muchas gracias. (*Vase.*)

ESCENA IV

PADRE LUIS e IRENE

P. LUIS. (*Deteniéndose delante de Irene.*) ¿Te parece razonable lo que acabas de hacer? ¿Es así como Dios nos manda tratar a nuestros prójimos? La cólera es uno de los siete pecados capitales, y debemos huir de ella si no queremos enemistarnos con Dios.
(*Irene se obstinará en guardar silencio.*)
¿No me oyes?... ¿Por qué no me contestas?...
(*Con voz imperiosa.*)
¡Irene!

IRENE. ¿Qué se le ofrece?

P. LUIS. De hoy en adelante, te prohibo que te excedas en tu lenguaje, en la forma que acabas de hacerlo. Esteban en un hombre honrado...
(*Irene sonríe sarcásticamente.*)
trabajador...
(*Nueva sonrisa de Irene.*)
y no debías tratarle con tanta dureza. Y si le he dado... ¡lo que le he dado!...

IRENE. ¡Cincuenta reales!

P. LUIS. ¡Cómo!... también sabes... Escuchabas tal vez detrás de la puerta..., otro feo vicio del que debes enmendarte... Sí, le he dado esa bicoca, es porque se hallaba en un gran apuro... y gracias a Dios... no estoy aún tan falto de dinero que no pueda socorrer una necesidad cuando se ofrece el caso.

IRENE. (*Tendiendo la mano.*) ¿Ah, sí?... Pues entonces haga usted el favor de darme cincuenta reales para comprar vajilla, de la que carecemos... ¡es de gran necesidad!

P. LUIS. ¡Irene!

IRENE. Ya sabe usted que apenas si nos quedan media docena de platos, y de vasos... el de usted, y pare usted de contar...; yo tengo que beber en el grifo. Conque... apresúrese usted a remediar esta necesidad.

P. LUIS. Haces mal, Irene, en adoptar este tono...

IRENE. ¿Mal, porque pido cincuenta reales para comprar loza? ¿Usted se figura que los platos y las ollas van a ser eternas?

P. LUIS. Irene, Irene... ¡cómo te he de decir que antes de pensar en nosotros, Dios nos manda acordarnos de los pobres y los necesitados?

IRENE. Sí, pero Dios no nos manda comer en la palma de la mano, para que los otros coman en vajilla de porcelana... La caridad bien ordenada, empieza por uno mismo. (*Pausa.*)
Bueno... ¿qué me responde usted?

P. LUIS. ¿Sobre qué?

IRENE. Sobre lo de los platos. Me da usted el dinero, ¿si o no?

P. LUIS. (*Dirigiéndose hacia la mesa, abriendo el cajón y mostrándole el interior.*)
Como quieres que te dé... ¡Mira!

IRENE. ¿Y bien...?

P. LUIS. Este es todo mi capital.

IRENE. Pero... ¿será posible?

P. LUIS. Yo no acostumbro a mentir.

IRENE. (*Llevándose las manos a la cabeza.*)
¡Dios mío! ¡Dios mío!

P. LUIS. ¿Qué te sucede?

IRENE. ¿Pero no decía usted que no le faltaba dinero para...?

P. LUIS. Para socorrer una necesidad. ¿Acaso no lo he hecho?

IRENE. Señor cura..., no sé qué decirle...; tanta bondad...

P. LUIS. ¿Qué?

IRENE. ¡No me atrevo!

P. LUIS. Te parece una locura, ¿no es esto?

IRENE. Pues bien, sí; ¡lo confieso! Hay que ser bueno pero no tanto.

P. LUIS. Nunca se es demasiado bueno.

IRENE. ¿Y qué hacemos ahora?

P. LUIS. No te apesadumbres; ya verás como mañana Dios me enviará un nuevo acopio de fondos.

IREKE. Vaya usted fiando mucho en ese cajero.

P. LUIS. ¡En qué otro mejor que en El puedo depositar mi confianza! Vamos, vamos...,

anda ya a preparar lo necesario para la cena... ¡me siento dispuesto a hacerle los honores a tus exquisitos guisos. No hay nada que abra tanto el apetito como el hacer una buena acción.

IRENE. (*Dirigiéndose hacia la puerta.*) ¡Qué será de nosotros! Estoy viendo que no nos quedará otro recurso que el pan negro.

P. LUIS. ¡Qué importa! con tal que se mantenga blanca mi conciencia.

(*Vase Irene haciendo gestos con la cabeza.*)

ESCENA V

PADRE LUIS. Luego IRENE

P. LUIS. (*Al quedarse solo se apodera de un libro que habrá sobre la mesa y sentándose en un sillón se dispone a leer.*)

IRENE. (*Muy sofocada, desde la puerta.*)... .... ¡Señor cura! Señor cura!

P. LUIS. (*Cerrando el libro.*) ¿Qué hay? ¿A qué viene esta desazón?

IRENE. Si usted supiera...

P. LUIS. Habla!

IRENE. El señorito Octavio acaba de llegar, y...

P. LUIS. (*Levantándose.*) ¡Mi sobrino!

IRENE. Si señor, si,... el mismo. ¡Ay, Dios mío! quien había de figurarse...

ESCENA VI

DICHOS y OCTAVIO

P. LUIS. Pero, ¿está aquí?

OCTAVIO (*Arrojándose en brazos del Padre Luis.*) ¡Aquí estoy, tío!

P. LUIS. Pero, ¿eres tú?

OCTAVIO. ¡Yo creo que sí!

P. LUIS. Si me parece un sueño. Lo menos... lo menos... hace ya seis meses que no te veía.

OCTAVIO. (*Aparte a Irene.*) ¡Mucho cuidado, sobre todo!

IRENE. (*Aparte.*) ¡No tenga usted cuidado!

P. LUIS. ¡Sabes que te encuentro más guapo!... ¿No es verdad, Irene, que está hecho un buen mozo?

IRENE. ¡Ya lo creo!...
(*Aparte.*)
y un buen tunante también.

P. LUIS. Siéntate a mi lado y cuéntame algo de lo que ocurre por Madrid.

IRENE. Con el permiso de ustedes iré a dar un empellón a la cena.

P. LUIS. Sí; y no te olvides de poner un cubierto más a la mesa.

OCTAVIO. Dos.

P. LUIS. ¿Cómo, dos?...¿piensas comer ración doble?
(*Dándole un golpecito en la rodilla.*)
¡Ah, picaruelo!... No hay como los aires del campo para abrir el apetito.
(*Vase Irene.*)
Supongo que te quedarás a hacerme compañía algunos días.

OCTAVIO. Tal vez.

P. LUIS. ¿No lo sabes todavía?

OCTAVIO. Depende de los negocios... Uno no siempre puede disponer del tiempo.

P. LUIS. ¿Tienes mucho trabajo?

OCTAVIO. ¡Uff!! No quiera usted saberlo.

P. LUIS. (*Levantándose y dirigiéndose hacia la mesa.*)
¡Esto es bueno!... Tu padre estará loco de contento; él, que tanto desconfiaba de los abogados...
(*Abriendo un cajón y sacando un cigarro puro y ofreciéndoselo a Octavio.*)
¡Toma!... Lo había guardado para ti.

OCTAVIO. ¡Gracias!... Es una breva superior.

P. LUIS. Me la regaló el médico el día que enterramos a su suegra.
(*Pausa.*)
Y... ahora que estamos solos. Recuerdo que la última vez que estuviste a verme, me hablaste de unos amores... ¿Qué ha sido de ellos?... ¿Te han dejado ya libre el corazón?

OCTAVIO. ¡Libre!... Hoy más que nunca se halla preso entre sus cadenas.

P. LUIS. Si... tu amor es puro y honrado... y la mujer que te lo inspira sabe corresponder a él..., no hay porqué oponerse a santificarlo. ¿Supongo que habrás sabido elegir?

OCTAVIO. ¡Ah, tío!... ¡Si usted la viera... quedaría enamorado de ella!

P. LUIS. ¡Niño!

OCTAVIO. Decirle a usted que es hermosa..., es de-

cirle poco; decirle que es buena..., es no decir nada... Es... lo que es imposible que sea... en otra que no fuera ella. Dios mismo debió extrañarse, después de haberla hecho, de que le saliera otra tan perfecta.

P. LUIS. ¡Enamorado!... ¿Acaso puede existir mujer más hermosa que la que se ama?

OCTAVIO. Y no existe... De esto, puede usted estar seguro.

P. LUIS. ¡Amor, amor!... Tú sólo gozas el privilegio de vestir con traje de ensueño la más hermosa edad de la vida... de ir sembrando de flores los senderos por donde pasas... ¡Tú eres el dueño de la felicidad!

OCTAVIO. ¡Ah, tío!... Con usted se puede hablar y se entiende uno... Usted no lleva el egoísmo hasta el extremo de decir... que un hombre no se debe casar hasta que no gane lo suficiente para mantener a su mujer... Este es un sofisma que no puede ser más falso...

P. LUIS. ¡Cómo..., cómo!...

OCTAVIO. Si usted oyera a mi padre... ¡Hay para indignar a cualquiera! Se complace en llamarme párvulo y mozalbete... ¡Calcule usted, yo, que ya he cumplido los veintitres años... y ya tengo un pleito!

P. LUIS. ¡Pues no me habías dicho que tenías tanto trabajo!

OCTAVIO. ¡Y lo repito! Con el pleito y con mis relaciones... diga usted si puede quedarme mucho tiempo disponible... Y lo que más siento, es que no llevo trazas de ganar.

P. LUIS. ¿El último?

OCTAVIO. Ni el primero.

P. LUIS. ¿De modo que mi hermano se muestra contrario a estos amores?

OCTAVIO. Ya conoce usted a papá... Aquí, entre nosotros, ha tenido siempre un genio imposible. Algunos bofetones de cuello vuelto me tiene administrados... ¡Claro!... ¡Acostumbrado a la vida del cuartel... se figura siempre que se halla mandando a sus soldados! ¡Ay, tío, tío, por qué no sería él cura como usted!...

P. LUIS. ¡Muchacho! ¿Qué estás diciendo?

OCTAVIO. Y lo peor del caso es que no es él sólo el que se opone a nuestras relaciones. La madre de mi novia, que es también de caballería, es otro hueso que roer. La buena señora es viuda y está empeñada

en que su hija se case con un príncipe.., y todos los partidos le parecen indignos de su hija. Tiene la manía de la nobleza. Cuando se enteró de nuestras relaciones, puso el grito en el cielo y tuvieron que sujetarla, para que no le diera un ataque de nervios. Ha jurado una y mil veces que jamás daría su consentimiento. Con que dígame usted si entre mi padre, que me amenaza con llevarme al cuarto de banderas, y una madre que le dan ataques de nervios en cuanto oye hablar de mí, puedo considerarme muy satisfecho... ¡Ay, tío, tío tío!... Crea usted que hay momentos en que si no fuera por usted... tentaciones me dan de cometer un desatino.

P. LUIS. ¡Por mí!... ¿Y qué puedo hacer yo para remediar tu situación? Mi poder es muy limitado, y ya sabes que cuando tu padre monta en cólera, no hace caso de razones.

OCTAVIO. (*Arrojándose a los pies del Padre Luis.*) ¡Perdóneme usted, tío! ¡Si no me perdona usted, me tiro a la calle por esta ventana. (*Haciendo ademán de ejecutarlo.*)

P. LUIS. (*Deteniéndole.*) Pero ¿te has vuelto loco?

OCTAVIO. ¿Me perdona usted?

P. LUIS. ¿Qué es lo que tengo que perdonarte, ¡sepamos!

OCTAVIO. ¡Tío! ¿Usted sabe lo que es estar enamorado?

P. LUIS. ¿Qué estás diciendo, muchacho?

OCTAVIO. ¡Claro!... Usted no puede saberlo... si lo supiera, lo primero que haría sería abrirme los brazos y decirme...: Hiciste bien en hacer lo que has hecho... ¡Yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo!

P. LUIS. (*Llevándose las manos a la cabeza.*) ¡Ay, Dios mío! Estoy temblando como un azogado. Pero... ¿qué disparate has cometido?... ¡Habla!... Me estoy temiendo alguna catástrofe.

OCTAVIO. (*Paseándose de un lado a otro con cierta altanería.*) ¡He cumplido ya veintitres años y no soy ningún mozalbete!... Ellos se figuran que van a gobernarme como cuando tenía cinco años. ¡Se equivocan! A Dios gracias, ya sé donde me aprieta el zapato. (*Retorciéndose el bigote.*)

P. LUIS. Pero ¿querrás explicarte de una vez?

OCTAVIO. ¡Tío! Tiene usted delante un hombre, a quien en estos instantes anda buscando la policía.

P. LUIS. (*Retrocediendo con asombro.*) ¡Eh!...

OCTAVIO. ¡No se asuste usted!... La policía, probablemente, no dará con mi escondite...; y ¡como supongo que usted no me delatará!...

P. LUIS. Pero, ¿qué has hecho, desgraciado?... ¿Y cómo te atreves a presentarte ante mi vista? ¿Has robado algo?

OCTAVIO. ¡Sí!

OCTAVIO. ¿Y no te avergüenza confesarlo?... ¡Habrase visto mayor cinismo!... ¿Y qué es lo que has robado?

OCTAVIO. (*Con mucha tranquilidad.*) Una mujer.

P. LUIS. ¡Eh!...

OCTAVIO. ¡Sí, tío, sí!... Ya es hora de que usted lo sepa. En vista de que todas nuestras tentativas resultaban inútiles, y que nuestros padres se obstinaban en negarnos su consentimiento, Enriqueta y yo hemos adoptado una resolución enérgica y decisiva. Ya que me impedían entrar por la puerta, la he robado por la ventana.

P. LUIS. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

OCTAVIO. Como habita en un piso bajo, la ejecución ha sido facilísima; la he cogido del brazo y nos hemos dirigido a la estación. Allí hemos tomado billete para este pueblo, y hace media hora nos deteníamos delante de la puerta de esta casa.

P. LUIS. ¿Y has tenido el atrevimiento de traer a tu novia aquí, a mi casa?... ¡Qué te has figurado de mí!... Que iba a ser condescendiente hasta el extremo de albergaros a los dos, bajo el mismo techo, sin prestar oídos a la voz de mi conciencia y pasando por alto los preceptos de la ley de Dios. Yo, un ministro del Señor, iba a convertir mi casa en morada del vicio y del libertinaje?...

OCTAVIO. ¡Pero, tío!... ¡Pero, tío!...

P. LUIS. ¡No hay tío que valga! Cuando el sobrino se olvida de su deber y se deja arrastrar por sus bastardas pasiones...

OCTAVIO. ¡Se equivoca usted, tío!... Mi Enriqueta y yo no tenemos otro pensamietno que el de unirnos por el lazo del matrimonio, ni

cabe en nuestra imaginación idea alguna de impureza!... Si la he traído a esta casa, es porque he considerado que en ninguna otra podía hallar mejor salvaguardia su virtud, y nadie mejor que usted podía darle más sanos y sabios consejos...

P. LUIS. ¡No, no, es inútil! ¡Yo no puedo convertirme en cómplice de un rapto!... ¡Márchate ya... y arrostra las consecuencias de tu falta!

OCTAVIO. ¿Me echa usted?...

P. LUIS. ¡Sí, sí..., te echo!...¡Déjame tranquilo en mi silencio y mi soledad!... Hace tiempo que he renunciado ya a cuanto se relaciona con el mundo. No vengas a turbar la paz de que disfruto y la serena tranquilidad de mi espíritu.

OCTAVIO. ¿Y qué será de nosotros si usted nos arroja de su casa?

P. LUIS. ¿Quién os manda huir de la vuestra? Aquel que se opone a la voluntad de sus padres y se olvida de sus deberes filiales... ya sabe a lo que se expone.

OCTAVIO. ¡Está bien!... Pero antes de marcharme... supongo que no se negará usted a recibir a mi novia.

P. LUIS. ¡Qué falta me hace a mí recibir a tu novia, vamos a ver!

OCTAVIO. ¿También se niega usted? ¡No le creí a usted tan severo!... Usted que sólo palabras de amor y de perdón... predica desde el púlpito... ¡que intima a los hombres a deponer sus odios y sus rencores y a unirse en un estrecho abrazo de paz fraternal; usted, fiel intérprete de la palabra santa de Jesucristo... "perdonad hasta a vuestros enemigos"..., se niega a perdonarme a mí, que imploro su perdón, contrito y arrepentido.

(A medida que irá hablando se dirigirá hacia la puerta del foro, en cuyo dintel aparecerán Irene y Enriqueta, apoderándose de la mano de ésta y precipitándose ambos a los pies del Padre Luis.)

ENRIQ. ¡Perdón!

ESCENA VII

DICHOS: ENRIQUETA e IRENE

OCTAVIO. ¡Perdón!

P. LUIS. (*Conmovido.*)
¡Levantaos!

OCTAVIO. ¡No! No nos levantaremos, mientras no nos otorgue su perdón.

IRENE. (*Secándose los ojos.*)
Perdónelos usted.

P. LUIS. ¿Tú también?

IRENE. ¡Claro!... Una no tiene el corazón de roca.

OCTAVIO. ¿Nos perdona usted?

P. LUIS. ¡Qué remedio!...

ENRIQ. (*Batiendo las palmas.*)
¡Gracias, gracias! ¡Qué contenta estoy!

OCTAVIO. Y nos tendrá usted aquí mucho tiempo, ¿verdad?

ENRIQ. ¡Ay, qué gusto!

P. LUIS. ¡Entendámonos! A tu novia no tengo inconveniente en darle albergue; pero en cuanto a ti, tendrás que ir a hospedarte a la posada.

OCTAVIO. ¡Cómo!...

P. LUIS. ¿Qué te habías figurado?... ¡Aún no habéis dado bastante que murmurar a la gente!... A la posada... hasta que consigamos el consentimiento de vuestros padres.

OCTAVIO. ¡No me hable usted de mi padre!

ENRIQ. Ni de mi madre.

P. LUIS. Pues de ellos hay que hablar precisamente. Es menester escribirles para que conozcan vuestro paradero. De esto, ya me encargaré yo.

OTAVIO. ¡Mi padre va a hacerme picadillo!

ENRIQ. Y mi madre me va a meter en un convento.

P. LUIS. No, no... ¿Acaso no me hallo yo de por medio? Confiad en mí y no desesperéis.

OCTAVIO. ¿Intercederá usted por nosotros?

ENRIQ. ¿Será usted tan bueno que abogue en favor nuestro?

P. LUIS. ¡Yo voy a dejaros abandonados en indefensos!

OCTAVIO. (*Abrazándole.*)
¡Ay, tío, qué bueno es usted!

ENRIQ. ¡Ay, tío! ¡Es usted mejor que el mazapán!

IRENE. ¡Pobrecillos!

(*Octavio y Enriqueta abrazan al Padre.*)

P. LUIS. ¡Ya lo veis, Irene!... ¡A quien Dios no le da hijos...!
(*Desprendiéndose de ellos.*)
¡Vamos..., vamos!... ¡Ahora es menester mucha prudencia, si queremos salir victoriosos en nuestra empresa!

OCTAVIO. Dispuestos estamos a obedecerle a usted.

P. LUIS. Así que acabemos de cenar, te dirigirás a la posada y yo escribiré a vuestros padres. ¿Está ya dispuesta la cena, Irene?

IRENE. Ahora mismo voy a poner la sopa en la mesa.

P. LUIS. Pon otro cubierto.

IRENE. Ya está puesto.

P. LUIS. Otro, además del que yo te dije.

IRENE. Los dos están puestos.

P. LUIS. ¿Ah, sí?...¿Cómo sabías tú que yo iba a consentir...? Tú no conocías el resultado de nuestra entrevista.

IRENE. No; pero le conozco a usted.
(*Vase.*)

ESCENA VIII

DICHOS menos IRENE

OCTAVIO. ¡Irene tiene mucha penetración!

ENRIQ. Ella ya me lo dijo... ¡No tenga usted cuidado! El señor cura es un pedazo de pan, y aunque grite y alborote... al fin y a la postre acaba por hacer cuanto una quiere. Lo único que no he podido conseguir de él es que reponga la vajilla.

P. LUIS. (*Echándose a reír.*)
Ella sí, que por hablar...
(*Aproximándose a Enrieuta y contemplándola fijamente.*)
¿Le amas mucho?

ENRIQ. Con toda el alma.

P. LUIS. (*A Octavio.*)
¿Y tú?

OCTAVIO. Con el alma y la vida.

P. LUIS. ¡Sed felices! ¡Sed felices!

ENRIQ. ¿Me permite usted que le de un abrazo?

P. LUIS. ¿Por qué no?

ENRIQ. Y a mí... ¿me lo permite usted?
(*Los dos le abrazan. Por la espalda del cura, mientras permanecen abrazados a él, ambos se besarán.*)

IRENE. (*Desde la puerta.*)
Cuando ustedes gusten.

(*Enriqueta y Octavio se cogen de los dos brazos del Padre Luis.*)

P. LUIS. ¿Tenéis mucho apetito?

ENRIQ. ¡Muchísimo!...

OCTAVIO. ¡Devorador!

P. LUIS. Pues ya veréis qué cena nos aguarda. Irene es una gran cocinera.

IRENE. (*Con mal humor.*)
Y a todo esto, con un solo vaso en la mesa. Van a tener que beber en la ensaladera.
(*Vanse.*)

ESCENA IX

IRENE. Luego el JUEZ DE PAZ

(*Al poco rato de quedar la escena sola, se oirá el ladrido de un perro. Luego la voz del Padre Luis, gritando*: ¡Irene! ¡Irene! *Y a esta responder*: ¡Voy, voy! *Luego se verá atravesar la escena a Irene, dirigiéndose hacia la puerta del foro. El perro no cesará de ladrar.*

IRENE. ¡Calla, Sultán, calla!
(*Al poco rato volverá Irene seguida del Juez de Paz.*)

IRENE. Entre usted, señor Juez, entre usted. No le esperábamos a usted a estas horas.

JUEZ. ¡No!... Pero si es la hora que acostumbro a venir algunas noches.

IRENE. (*Cortada.*)
Sí, sí, es verdad, pero...
(*Voz del cura desde dentro.*)

P. LUIS. ¡Irene!

IRENE. ¡Ya va, señor cura, ya va!

JUEZ. ¿No ha venido todavía el médico y el boticario?

IRENE. ¡No, no!
(*Aparte.*)
¡Ay, Dios mío!

JUEZ. Pues me extraña, porque habíamos quedado en encontrarnos aquí, entre ocho y nueve.
(*Consultando el reloj.*)

IRENE. (*Aparte.*)
Eso sólo nos faltaba.

JUEZ. Aún no han dado las nueve. Ya vendrán. ¿Está cenando el señor cura?

IRENE. Sí, señor, sí.

P. LUIS. (*Dentro.*)
¡Irene!

JUEZ. (*Dirigiéndose hacia la lateral izquierda.*)
¡Ya va! ¡Ya va!

IRENE. (*Interponiéndose entre él y la puerta.*)
¿Dónde va usted?

JUEZ. ¿Dónde he de ir? A saludar al señor cura.

IRENE. ¿Pero no le he dicho a usted que estaba cenando?

JUEZ. ¡Y eso qué importa! ¡Se figura usted que voy a caer en el plato!

IRENE. (*Sin dejarle pasar.*)
¡No vaya usted, se lo suplico!

JUEZ. ¿No? ¿Por qué?

IRENE. (*Con la voz entrecortada.*)
Porque a mi amo no le gusta que nadie esté delante cuando come Es lo primero que me dijo...: si viene el Juez o el Boticario..., diles que hagan el favor de aguardarme... ¡y yo cumplo lo que él me encargó!

JUEZ (*Con extrañeza.*)
¿Ah, sí?... ¡Vaya una rareza! Bueno..., bueno!...
(*Sentándose.*)
aguardaré a que haya acabado de cenar. ¡Cada día se ven cosas nuevas!
(*En este momento, y cuando Irene se dispone a reunirse con el cura, se oye de nuevo el ladrido del perro.*)

IRENE. ¡Otra vez!

JUEZ. Debe ser el boticario, probablemente.

IRENE. (*Aparte.*)
No ganaremos para sustos.
(*Alto.*)
¡Voy! ¡Voy!
(*Deteniéndose en el momento de ir a franquear el dintel de la puerta.*)
¡Sobre todo, no se mueva usted de aquí! Tenga usted presente que el señor cura...

JUEZ. Sí, ya sé...; no le gusta que estén delante cuando come.

IRENE. ¡Eso es!

JUEZ. (*Aparte.*)
¡Qué deberá comer!
(*Nuevo ladrido del perro.*)

IZENE. (*Gritando.*)
No te enfades, Sultán, no te enfades.

(*Hace ademán de marcharse, pero en aquel momento vuelve de su acuerdo y se

dirige hacia la puerta lateral izquierda: la cierra con llave y se la lleva: luego hace mutis por el foro. El Juez habrá contemplado toda esta maniobra con ojos asombrados.

ESCENA X

EL JUEZ DE PAZ

JUEZ. (*Avanzando de puntillas hacia la puerta del foro para asegurarse de que Irene se ha marchado, dirigiéndose luego hacia la lateral izquierda y aplicando el ojo por el idem de la cerradura. En este momento se oirá un gran ruído, como si se hubieran roto algunos platos. El Juez pegará un salto hacia atrás, sobrecogido de espanto.*)
¡Zapateta!
(*Luego se dirigirá otra vez hacia la puerta, poniéndose a mirar de nuevo por el ojo de la cerradura. En este momento entrará Irene, seguida del Boticario.*

ESCENA XI

DICHOS IRENE y DON CRÍSPULO

IRENE. ¿Qué hace usted, señor Juez?

JUEZ. (*Como si buscara algo por el suelo, sacando con disimulo el pañuelo del bolsillo y haciendo ver que lo recoge del suelo.*)
Se me cayó el pañuelo y...
(*Dando la mano al Boticario: este llevará patillas y tendrá una fisonomía estúpida: reflejándose en sus miradas el asombro y la extrañeza por la menor cosa.*)
¡Hola, don Críspulo!... ¿Cómo va esa salud?

CRIS. ¡Muy bien, señor Juez, muy bien! ¿Y la de usted?

JUEZ. Pasando, pasando... ¿Viene usted para hacer nuestra partida de tresillo? ¿No es verdad?

CRIS. ¡Sí, sí!

P. LUIS. (*Desde dentro.*)
¡Irene! ¡Irene!

IRENE. Con el permiso de ustedes.
(*Se saca la llave del bolsillo y abre la puerta.*)

CRÍS. (*Adelantándose hacia la puerta y disponiéndose a seguirla.*)
Sí, sí... vamos.

IRENE. (*Colocándose con los brazos abiertos delante de la puerta.*)
¡Imposible!

CRÍS. (*Contemplando a los dos con ojos asombrados.*)
¡Cómo!

JUEZ. (*Con ademán trágico.*)
¡Completamente imposible!

CRÍS. ¡Eh!

IRENE. Cuando el señor cura esté visible, ya les llamaré a ustedes.
(*Abriendo la puerta y volviéndola a cerrar tras ella. Don Críspulo se quedará como quien ve visiones.*)

ESCENA XII

EL JUEZ Y DON CRÍSPULO

JUEZ. (*Sonriendo.*)
¿Qué le pasa a usted, mi apreciable señor don Críspulo? ¡Se ha quedado usted en una pieza!

CRÍS. ¿Qué le sucede al señor cura?

JUEZ. ¡Una cosa extraordinaria!

CRÍS. ¡Eh!

JUEZ. ¡Fenomenal!

CRÍS. ¡Cómo!

JUEZ. ¡Está cenando!

CRÍS. ¿Se burla usted?

JUEZ. ¡No, señor! Pero de hoy en adelante tiene prohibido que se le moleste cuando se sienta a la mesa.

CRÍS. ¿Quién le ha dicho a usted eso?

JUEZ. Su ama de llaves.

CRÍS. No es posible. Aquí debe haber gato encerrado.

JUEZ. ¿Usted cree?

CRÍS. ¡Naturalmente!... Algo de anormal le ocurre al señor cura. Para prohibirnos la entrada, es menester que algún acontecimiento inesperado haya venido a sorprenderle...

JUEZ. Opino como usted.

CRÍS. A mí me da mala espina todo esto.

JUEZ. ¡Lo mismo digo!

CRÍS. (*Aproximándose al Juez, con mucho misterio.*)
¡Porque... vamos a ver! ¿Si no tuviera

que ocultar algo, nos cerraría la puerta? Aquí, no le quepa a usted la menor duda, se esconde algún misterio. ¡Sabe Dios lo que se ocultará detrás de esta puerta.

JUEZ. (*Retrocediendo a pesar suyo.*) ¡Hombre... no me alarme usted!

CRÍS. Hoy día no puede uno fiarse de nadie. Yo ya me he acostumbrado a dudar de todo... y no creo más que en la belladona y en el clorato de potasa.

JUEZ. ¡Va usted a dudar del Padre Luis..., un sacerdote ejemplar!

CRÍS. ¡Mire usted!... Yo tenía una confianza ciega, absoluta en la hipecacuana... Pues... ¡admírese usted!...Ayer, sin ir más lejos, se la hice tomar a mi suegra... y como si no.

JUEZ. No me extraña.

CRÍS. ¿Por qué?

JUEZ. ¿No sabe usted que dos fuerzas iguales y contrarias se repelen?

(*En este momento se oirá un ruído como si acabaran de tirar una mesa al suelo. El Juez y el Boticario pegarán un salto hacia atrás. Don Críspulo, con la voz entrecortada por el miedo, dice*:

¡Qué le decía yo a usted!

JUEZ. ¿Qué significa esto?

CRÍS. ¡Señor Juez! ¡Señor Juez!... Yo creo que ha llegado el momento de que entre usted en funciones.

JUEZ. ¡Quiere usted callarse, hombre de Dios!... ¡Va usted a suponer que se ha cometido algún crimen!

CRÍS. Yo me atengo al refrán... "Piensa mal y acertarás."

JUEZ. ¡Vaya usted a paseo!... En mi vida he visto hombre más mal pensado que usted! Las manos al fuego pondría yo por el Padre Luis.

CRÍS. También las hubiera puesto yo por la hipecacuana... y..., si me descuido, me achicharro.

(*En este momento se oirá resonar una carcajada juvenil. Don Críspulo y el Juez se quedarán con la boca abierta.*

JUEZ. ¿Ha oído usted?

CRÍS. No soy sordo, a Dios gracias.

JUEZ. Parece un a voz de mujer...

CRÍS. Y de mujer joven..., por añadidura.

JUEZ. Seguramente no habrá sido doña Irene.

CRÍS. Doña Irene no se ríe a carcajadas.

JUEZ. (*Llevándose las manos a la cabeza.*)

¡Oh!... ¡Quién había de figurarse!...

CRÍS. ¡A mí no me coge de susto!... ¡Ya le dije a usted que aquí había gato encerrado!

JUEZ. ¡Gato, no; gata!

CRÍS. ¡Fíese usted de la gente de sotana!... Yo, cada día, me vuelvo más socialista.

JUEZ. (*Parándose delante de él, con los brazos cruzados.*)

¡Don Críspulo!

CRÍS. ¿Qué quiere usted?

JUEZ. Opino que no debemos permanecer ni un momento más en esta casa.

CRÍS. Abundo en igual criterio, pero antes me gustaría conocer a esa... gatita.

JUEZ. (*Indignado.*)

Si le oyera a usted su mujer.

CRÍS. ¡Mi mujer... por un oído le entra y por otro le sale!

JUEZ. Algunas veces le he oído a usted decir que era celosa como un tigre.

CRÍS. Me habrá usted oído decir que era un tigre... pero celosa... ¡quiá!

(*Dirigiéndose hacia la puerta lateral izquierda y aplicando el ojo en la cerradura.*)

JUEZ. ¿Qué hace usted?

(*Dirigiéndose él también y colocándose al lado de don Críspulo.*)

¿Percibe usted algo?

CRÍS. ¡Hola! ¿Usted también?

JUEZ. ¡Lo malo es, que no se distingue nada!

(*Los dos permanecerán agachados delante de la puerta, empeñados en descubrir alguna cosa. En este momento se abrirá la puerta y los dos irán rodando por el suelo.*)

ESCENA XIII

DICHOS Y PADRE LUIS

P. LUIS. (*Desde el dintel de la puerta.*)

¿Buscaban ustedes algo? (*Con ironía.*)

JUEZ. (*Levantándose y ayudando a levantar a don Críspulo, que, más gordo que él, hace esfuerzos inauditos para levantarse, sin conseguirlo.*)

En efecto... Don Críspulo había perdido las gafas, y yo le ayudaba a buscarlas.

P. Luis. ¿Ustedes han venido, sin duda, para hacer nuestra acostumbrada partida de tresillo?

Juez. Sí... confieso que...

P. Luis. ¡Pues siento que se hayan molestado!... Hoy no me encuentro muy católico.

Crís. (*Aparte.*)
Menos mal que él lo reconoce.

Juez. ¿Ah, no?

P. Luis. Quiero decir, que estoy algo indispuesto.

Crís. (*Aparte.*)
¡Nos despide!

Juez. ¿Le duele a usted algo?

Crís. (*Aparte.*)
Le duele que hayamos venido a descubrir su secreto.

P. Luis. ¡Sí!... Estoy bastante mal de la cabeza.

Crís. (*Aparte.*)
¡Y tan mal!...

Juez. Siendo así... nos retiramos... ¿No es verdad, don Críspulo?

Crís. ¡Sí, sí!... Yo tengo que hacer todavía unos emplastos para la mujer del recaudador, y aprovecharé el tiempo.

P. Luis. ¡Sentiría que ustedes se ofendieran!

Juez. ¡Quiere usted callarse, señor cura!... Cada uno es dueño de hacer en su casa lo que le parezca.

Crís. ¡Claro!... ¿Dirá usted misa mañana, señor cura?

P. Luis. ¡Como todos los días!

Crís. (*Aparte.*)
¡Qué sacrilegio! ¡Como está el clero!

P. Luis. (*Avanzando hacia la puerta lateral izquierda.*)
¡Irene! ¡Irene! ¡Ven a acompañar a estos señores!

Crís. (*Aparte.*)
¿Qué le parece a usted, don Jeremías?

Juez. ¡Qué quiere usted que le diga, don Críspulo! ¡Hay que verlo para creerlo!

Crís. Lo malo es que no lo hemos visto.

Juez. (*Señalándose el oído.*)
Pero hemos oído.

Crís. ¡Esto, sí!...

Juez. ¡Tenía usted razón! ¡No hay que fiar en nada!

Crís. ¡Ni en la hipecacuana, don Jeremías, ni en la hipecacuana!

ESCENA XIV

DICHOS e IRENE

IRENE. ¡Cuando ustedes gusten!

JUEZ. ¡Que usted se alivie, señor cura!

CRÍS. Para el dolor de cabeza, no hay como los cachets de antipirina. Si usted quiere, le mandaré a usted una cajita.

P. LUIS. Muchas gracias, muchas gracias.
(*Vanse Irene, don Críspulo y el Juez.*)

ESCENA XV

PADRE LUIS. Luego OCTAVIO *y* ENRIQUETA

P. LUIS. (*Desde la lateral izquierda.*)
¡Octavio! ¡Octavio!

OCTAVIO. ¿Me llamaba usted, tío?

P. LUIS. ¡Sí, sí!... Es menester que te marches cuanto antes.

ENRIQ. ¡Tan pronto!

P. LUIS. ¡Sí, hija mía, sí! Si queréis que yo ejerza de protector vuestro, es menester que hagáis sin vacilar cuanto yo os diga.

OCTAVIO. ¡Está bien, tío! ¿Pero no teme usted que me encuentre con estos señores que acaban de salir?

P. LUIS. ¡Qué importa! ¡Más de lo que murmuran, ya no es posible! Vosotros no sabéis todavía lo que es un Juez de Paz y un Boticario en un pueblo de dos mil almas. Todas mis campanas echadas al vuelo, no levantan tanto clamor como sus lenguas viperinas. Dentro de media hora, toda la población estará fantaseando y haciendo cábalas sobre lo que ocurre en mi casa. El que más y el que menos, se figura ya que albergo en ella una partida de conspiradores..., y hasta habrá quien tiemble por el trono de España. ¡Que digan lo que quieran!... ¡Mientras tenga la conciencia tranquila..., los dichos de la gente no me han de quitar ninguna hora de sueño!

IRENE. (*Deteniéndose en el dintel de la puerta y echándose a reir.*)
¡Já, já, já! No sé como no he soltado el trapo delante de ellos.

P. LUIS. Pues ¿qué han dicho?

IRENE. Como decir, no han dicho nada...; pero todo se les vuelve levantar los brazos en

alto y echarse a hurtadillas miradas significativas... ¡Les digo a ustedes que hay para morirse de risa!

P. LUIS. ¡Qué pensarán de mí!

IRENE. Buenos trajes le cortarán a usted. ¡Con lo intrigados que se marchan!

OCTAVIO. ¡Y todo por culpa nuestra!

P. LUIS. ¡Bah!... Pensemos en lo que importa. (*A Octavio.*)
¿Sabes tú dónde está la posada?

OCTAVIO. Sí; al doblar la esquina de esta calle.

P. LUIS. ¡Eso es!... ¿No te hace falta nada? ¿Llevas dinero?

OCTAVIO. ¡Sí! No se preocupe usted.

P. LUIS. ¡Entonces, no hay más que hablar! ¡Ya sabes cuál es tu obligación!

OCTAVIO. ¿Me permite usted que le dé un beso en la mano a mi novia?

P. LUIS. ¡Cómo se entiende! ¡Un apretón de manos y basta!

OCTAVIO. (*Estrechando la mano de Enriqueta.*)
¡Hasta mañana!

ENRIQ. ¡Hasta mañana, Octavio!

OCTAVIO. ¿Pensarás en mí?

ENRIQ. No haré otra cosa en toda la noche. ¿Y tú?

OCTAVIO. Yo... le rogaré a Dios para que haga correr el tiempo bien aprisa y amanezca bien temprano, para venir a verte cuanto antes.

ENRIQ. ¿De veras?

OCTAVIO. Yo hubiera querido darte un beso, pero el tío se opone.

ENRIQ. ¡Qué lástima!

(*En este instante el Padre Luis se volverá de espaldas para cerrar la librería, que permanece abierta, y Octavio aprovechará este descuido para besar varias veces la mano de Enriqueta.*)

OCTAVIO. (*Aparte.*) Ahora no nos ve.

ENRIQ. (*Riéndose.*) ¡Pícaro!

OCTAVIO. (*Desde la puerta.*)
Hasta mañana, tío, hasta mañana.

P. LUIS. ¡Adiós, hijo! Y no te vayas triste porque no te haya dejado darla un beso..., que tiempo te queda para ello.

OCTAVIO. ¡Sí, tío, sí..., tiene usted razón. Siempre hay tiempo!

(*Sonriendo con irónica expresión a Enriqueta. Vase.*)

ESCENA XVI

PADRE LUIS y ENRIQUETA

P. LUIS. (*Aproximándose a Enriqueta.*) ¡Poco podía yo figurarme esta mañana que iba a recibir tu visita!... (*Señalándole una silla.*) Siéntate, hija mía. (*Contemplándola fijamente.*) ¡Cuidado si eres bonita!... ¡No ha tenido mal gusto el pícaro de mi sobrino!

ENRIQ. (*Ruborizada.*) ¡Tío!

P. LUIS. ¡Bah!... A un viejo sacerdote como yo, puede permitérsele ser galante de vez en cuando. En este pueblo estamos tan poco acostumbrados a ver caras bonitas..., que no es extraño que nos sorprenda cuando asoma alguna como la tuya. Yo no tenía más rosas que las de mi jardín... y ahora te tengo a ti, que vales más que todas ellas.

ENRIQ. ¿Me querrá usted mucho?

P. LUIS. ¡Y te quiero! Basta fijarse en ti para sentirse atraído por tu candor y tu hermosura. Ya ves... Yo he vivido siempre solo y aislado, sin más amparo y más sostén que ese crucifijo que ves ahí clavado... De hoy en adelante, al dirigirle mis preces, ya no lo haré con el alma tan solitaria, tan pobre de cariño... ¡tendré quien de mí se acuerde y guarde para mí, en su corazón, unas migajas de amor y agradecimiento.

ENRIQ. (*Estrechándoe las manos.*) ¡Oh, sí!... ¡Yo le prometo amarle a usted, como a un padre.

P. LUIS. ¡De veras! ¡Y yo le pediré a Dios que haga brotar de tu corazón un manantial inagotable de ventura!... ¡Amor y juventud!... ¡Ensueño de la vida!... ¡Sé feliz, hija mía, sé feliz!

ENRIQ. ¡Qué bueno es usted!

ESCENA XVII

DICHOS e IRENE

P. LUIS. ¿Se marchó ya mi sobrino?

IRENE. Sí, señor cura; pero tenga usted por seguro que mañana al rayar el alba le tiene

usted aquí otra vez. No hay nadie más madrugador que un enamorado.

P. LUIS. (*Sonriendo.*)
¡Qué sabes tú! En cuestiones de amor, debes entender poco.

IRENE. Muy poco, señor cura, muy poco..., y me felicito por ello. El amor y yo andamos por opuestos caminos. Buena facha haría yo, a mis años, llevando de la mano a semejante rapazuelo.

P. LUIS. (*Riendo.*)
Anda a quitar la mesa, anda.

IRENE. Habrá que enseñarle su habitación a la señorita.

P. LUIS. Sí, sí, ya te llamaré. Ahora voy a escribir unas cartas.

IRENE. Hasta luego, pues.
(*Vase.*)

ESCENA XVIII

PADRE LUIS y ENRIQUETA

P. LUIS. (*Sentándose ante la mesa de despacho.*)
¡Cumplamos ahora con nuestro deber! Tus pobres padres deben estar afligidísimos.

ENRIQ. Mi madre únicamente.

P. LUIS. ¿No tienes padre?

ENRIQ. ¡No! Murió cuando yo era muy pequeñita.

P. LUIS. ¡Qué desdicha!
(*Pusa.*)

ENRIQ. Por eso le decía que le amaría a usted como a un padre. Como he perdido el mío, usted ocupará su lugar.

P. LUIS. ¡Pobrecita! Y yo te amaré como tal, te lo prometo.
(*Secándose una lágrima.*)
(*Disponiéndose a escribir.*)
¡Vamos a ver! Antes de empezar la carta, es preciso que me digas el nombre de aquella a quien debo dirigirla. ¿Cómo se llama tu madre?

ENRIQ. Aurelia Rondoni, viuda de Navarrete.

P. LUIS. (*Levantándose de la silla y apoyando la ....mano sobre la mesa para sostenerse, como acometido de la más viva impresión.*)
¿Qué nombre has pronunciado?

ENRIQ. Aurelia Rondoni. Pero... ¿qué le sucede a usted?... Se ha puesto usted pálido, tras-

tornado. ¿Conoce usted tal vez a mi madre?

P. LUIS. (*Tratando de dominar su emoción.*) ¡No!... ¡No!...

ENRIQ. ¿Qué tiene usted?

P. LUIS. ¡Nada..., nada..., un ligero vahido!

ENRIQ. Voy a llamar.

P. LUIS. ¡No!... ¡Ya pasó!...
(*Contemplándola fijamente y con infinita ternura.*)
Has dicho que me amarás mucho, ¿no es verdad?

ENRIQ. ¡Sí!

P. LUIS. ¿Como si fuera tu padre?

ENRIQ. Lo mismo.

P. LUIS. (*Depositando un beso sobre su frente.*) ¡Gracias, Dios mío, gracias!
(*Dominándose luego: sentándose ante la mesa y disponiéndose a escribir: al hacerlo, la mano le temblará visiblemente. Con voz entrecortada.*
Señora doña Aurelia Rondoni.
(*Mientras escribirá, Enriqueta, con la cabeza apoyada en el espaldar del sillón, se irá quedando dormida lentamente.*)

P. LUIS. (*Cesando de escribir y levantando la cabeza poco a poco.*)
¡Duerme!... ¡La emoción y la fatiga la han rendido!
(*Levantándose y aproximándose con sigilo.*)
¡Que hermosa es! Por algo, al verla, latió mi corazón con tanta violencia!
(*Arrodillándose sobre el reclinatorio que permanece al pié de la cruz.*)
Señor!... Señor!... Tú que gobiernas los destinos del mundo, y cuyo poder es infinito, haz que irradíe sobre su frente, la aureola de una dicha inacabable, eterna... Te lo pide este humilde sacerdote... postrado al pié de Tu Cruz.

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto.

ESCENA PRIMERA

IRENE y DON CRÍSPULO

IZENE. (*Cediendo el paso a don Críspulo.*)
¡Entre usted, don Críspulo, entre usted!

CRÍS. Muchas gracias.

IRENE. (*Adelantando hacia la puerta.*)
Voy a avisar al señor cura.
(*Irene habrá tosido dos o tres veces.*)

CRÍS. ¿Tiene usted tos, Irene?

IRENE. Un poco de inflamación. No es nada.

CRÍS. Para la inflamación tengo unas pastillas de clorato que dan resultados maravillosos. Debe usted comprar una caja... Una peseta cincuenta... ¡Ya ve usted!... ¡Casi de regalo!

IRENE. ¡Sí, sí!
(*Aparte.*)
A otra puerta.
(*Alto.*)
Con su permiso.
(*Vase.*)

ESCENA II

DON CRÍSPULO y ENRIQUETA

(*Don Críspulo, al quedarse solo, lo inspeccionará todo, registrando hasta dentro de los muebles. En esta operación le sorprenderá Enriqueta.*)

ENRIQ. ¡Usted perdone!...

CRÍS. (*Cogido infraganti, en el momento de apartar la librería.*)
Se... ño... ri... ta...

ENRIQ. (*Sin poder contener la risa.*)
¿Teme usted que haya escondido algún ladrón?

CRÍS. (*Colocando la librería en su sitio.*)
Es que...

ENRIQ. (*Aparte.*)
¡Vaya un tipo raro!...
(*Alto.*)
¡No se moleste usted!... Por mí puede usted registrar hasta dentro de los cajones. ¡Já, já, já!
(*Vase.*)

ESCENA III

DON CRÍSPULO. Luego PADRE LUIS

CRÍS. ¡Yo creo que se ha burlado de mí! ¡Si será ésta la gatita!... ¡Qué descaro! (*Levantando los brazos al cielo.*)

ESCENA IV

DON CRÍSPULO y PADRE LUIS

P. LUIS. ¿Qué le ocurre a usted, don Críspulo?... ¿Por qué levanta usted los brazos en alto?

CRÍS. ¡Dios le guarde, señor cura!... Era para hacer circular la sangre. Hace ya días que me da cierto hormigueo...

P. LUIS. Siéntese usted..., siéntese usted...

CRÍS. Muchas gracias.

P. LUIS. Supongo que no será nada de cuidado...

CRÍS. No lo creo.

P. LUIS. Y luego... siendo usted farmacéutico, fácilmente le aplicaría usted el remedio.

CRÍS. ¡Ah, no!... Eso, nunca.

P. LUIS. ¿No piensa usted tomar ningún medicamento?

CRÍS. ¡Dios me libre!

P. LUIS. ¿Cómo?...

CRÍS. Verá usted... verá usted...; quise decir, que para lo que yo tengo, no hace falta tomar ninguna medicina. ¿Comprende usted?

P. LUIS. ¡Comprendido, comprendido!

CRÍS. Usted sin duda se extrañará que venga a visitarle tan de mañana, ¿no es verdad?

P. LUIS. ¡Le diré a usted!...

CRÍS. No adivina usted a lo que vengo.

P. LUIS. (*Aparte.*)
A husmear.
(*Alto.*)
No; francamente, no adivino.

CRÍS. (*Sacándose una cajita del bolsillo.*) ¿Qué es esto?

P. LUIS. ¡Si usted no me lo dice!...

CRÍS. Una cajita de cachets de antipirina. ¿Qué tal? Supongo que aún le dolerá a usted la cabeza.

P. LUIS. No: ya no me duele.
(*Aparte.*)
Pero me dolerá si continúas aquí mucho rato.

CRÍS. ¡Cuánto lo siento, hombre!

P. LUIS. ¡Cómo!... ¿Siente usted que no me duela la cabeza?

CRÍS. Quise decir que me sabe mal que no pueda usted convencerse de los admirables efectos que produce esta medicina. ¡Ya no hay más allá! ¿Quiere usted probarlo?

P. LUIS. ¿Pero, no le he dicho que ya no tengo dolor?

CRÍS. ¡No importa! Puede usted tenerlo, y siempre es bueno estar prevenido.

P. LUIS. ¡Bueno... bueno!... ¿Y cuánto vale?

CRÍS. Poca cosa...; porque es usted, se lo dejaré en diez reales. ¡Ya ve usted!... ¡Casi de regalo!

P. LUIS. (*Dándole el dinero.*)
Sí, sí... ¡Ya lo veo!

CRÍS. No le diga usted al médico que me lo ha comprado. Sería capaz de decirle a usted mil barbaridades. ¡Es un envidioso!... Y con objeto de perjudicarme, va diciendo por ahí que mis cachets son venenosos.

P. LUIS. (*Depositándolos sobre la mesa.*)
¡Zambomba!

CRÍS. No se lo crea usted. El sí que no sabe donde tiene la mano derecha y anda cometiendo disparate, tras disparate. No se ponga usted nunca enfermo, señor cura; se lo aconsejo a usted. El día que quiera usted tomar pasaporte para el otro mundo, no tiene usted más que llamarle. Ya verá usted con qué ligereza le despacha.

P. LUIS. Hace usted bien en advertirme.

CRÍS. El otro día tuvo que amputar una pierna al hijo mayor del tío Liborio..., aquél que se cayó al fondo del pozo...

P. LUIS. Sí, sí.

CRÍS. Pues bien; ¡asómbrese usted! le cortó la pierna sana, creyendo que era la mala. ¡Ya ve usted dónde tendría los ojos!

P. LUIS. ¿Es posible?

CRÍS. ¡Y tan posible!... Luego fué diciendo, pa-

ra escusarse, que como se había dejado los anteojos en casa, no veía bien lo que hacía.

P. LUIS. ¡Qué barbaridad!

CRÍS. Eso digo yo! Y luego dice que yo hago mis medicinas con agua de fregar los platos. ¡Habrase visto envidioso!

P. LUIS. ¡Vamos, vamos, no se sofoque usted!

CRÍS. Es que hay cosas que le sacan a uno de quicio, señor cura. ¡Agua de fregar platos!... ¡Agua de fregar platos!... Es como si le dijeran a usted que robaba el cepillo de las ánimas. ¡Le caería a usted en gracia la bromita! Pues lo mismo me sucede a mí; mis medicamentos son todos agua pura; de esto puede usted estar seguro.

P. LUIS. ¡Si ya lo estoy!

CRÍS. Y aunque le dijera a usted que mis cachets son venenosos, no deje usted de tomarlos. ¡Ahora ya sabe usted a qué atenerse!

P. LUIS. (*Aparte.*)
¡Y tanto! Los tiraré por la ventana.

CRÍS. (*Levantándose.*)
Con su permiso, me retiro. Hace rato que he salido de la farmacia... y me temo que mi mujer haga alguna de las suyas. El otro día, en vez de polvos de magnesia, despachó polvos para matar ratas. Suerte que yo llegué a tiempo...

P. LUIS. Diga usted que en este pueblo vivimos por milagro de Nuestro Señor.

CRÍS. Procure conservar siempre la salud, señor cura. Es un buen consejo que le doy.

P. LUIS. Sí, sí...; el día que caiga en cama, ya sé la suerte que me aguarda. R. I. P.

CRÍS. Amén.

(*En este momento entra Enriqueta, dirigiéndose hacia el Padre Luis y pasándole el brazo por el cuello.*)

ESCENA IV

DICHOS y ENRIQUETA

P. LUIS. (*Sonriéndose y acariciando una mano de Enriqueta.*)
Qué le parece a usted, ¿es guapa?

(*Don Críspulo, que desde la llegada de Enriqueta permanecerá como si estuviera

en el Limbo, al oir la voz del Padre Luis alto.)

CRÍS. ¡Oh!

P. LUIS. ¿Otra vez el hormigueo?

CRÍS. ¡No, no!
(*Aparte.*)
¡Y se atreve delante de mí!
(*Sin saber lo que pasa.*)
¡Pero, señor cura!

P. LUIS. ¿Qué le ocurre a usted?

CRÍS. ¡Nada..., nada!...
(*Aparte.*)
Y luego se extrañarán de que hablemos mal de los curas.

P. LUIS. ¡Oiga usted!...

CRÍS. (*Deteniéndose en el dintel de la puerta.*)
¿Qué se le ofrece?

P. LUIS. Aún no me ha contestado usted. ¿Es guapa, verdad?

CRÍS. Sí, señor, sí, muy guapa..., y usted muy fresco.
(*Llevándose las manos a la cabeza.*)
¡Oh, oh, oh!
(*Vase.*)

ESCENA V

PADRE LUIS Y ENRIQUETA

(*El Padre Luis y Enriqueta se echarán a reir apenas don Críspulo haya franqueado el dintel de la puerta.*)

P. LUIS. Se marcha escandalizado.

ENRIQ. Poco faltó para que me echara a reir en sus barbas.

P. LUIS. Dentro de cinco minutos será la comidilla de todo el pueblo. ¡Ya hay tela cortada para rato! ¡Como chupa de dómine me van a poner!

ESCENA VI

DICHOS Y OCTAVIO

OCTAVIO. (*Entrando todo azorado.*)
¡Tío! ¡Tío!

P. LUIS. ¿Qué te ocurre? Estás azorado.

OCTAVIO. ¡Si supiera!...

P. LUIS. ¡Explícate!

OCTAVIO. Vengo corriendo de la estación...

P. LUIS. ¿Y bien?

OCTAVIO. ¡Ya está ahí!
(El Padre Luis y Enriqueta se levantarán a un mismo tiempo.)

P. LUIS. ¿Qué dices?

OCTAVIO. Ya está ahí... Le he visto apearse de un vagón de primera clase... Yo he echado a correr para advertirles a ustedes del peligro...

ENRIQ. *(Colgándose del cuello del Padre Luis.)* ¡Ay, tío, tío! ¡Sálvenos usted!

OCTAVIO. *(Abrazándole también.)* ¡Sálvenos usted, tío!

P. LUIS. *(Desprendiéndose de sus brazos.)* ¡No os apuréis, no os apuréis. Yo lo arreglaré todo!

OCTAVIO. Mire usted tío, que debe estar muy furioso. Los ojos le brillaban como dos ascuas.
(Con la voz entrecortada.)
¡Es capaz de querer desollarme vivo!

P. LUIS. ¡Vamos, vamos!... ¡No hay que amilanarse! ¡Al fin y al cabo es tu padre!...

OCTAVIO. Sí, sí... ¡Vaya un padre!

ENRIQ. ¡Ay, tío, tío! ¡Qué va a ser de nosotros! *(Llora.)*

OCTAVIO. *(A punto de llorar también.)*
¡No llores, no!... Yo te juro que por más que hagan no conseguirán separarme de ti. Primero tendrán que hacer tiras de mi pellejo.

EURIQ. Y yo... también te lo ju... ro. No me arran... ca... rán... de tus... brazos.

OCTAVIO. *(Echándose a llorar.)*
¡Qué desgraciados somos!

ENRIQ. ¡Qué suerte más negra la nuestra!

P. LUIS. ¡Vaya... vaya! No parece sino que estáis llorando la muerte de alguien. El día que yo me muera, no me lloraréis tanto.
(Por Octavio.)
¿Es así como demuestras tu valor y tu entereza de ánimo? Vaya un soldado, que se echa a llorar frente al enemigo.

(En este momento, darán tres tremendos aldabonazos en la puerta de la calle. Enriqueta y Octavio darán un brinco, echándose a temblar como azogados.)

OCTAVIO. ¡Ay!... ¡Ya está ahí!
(Llorando.)
¡Nos mata! ¡Nos mata!

P. LUIS. Ni que fuera un ogro.
(Gritando.)
¡Irene!

ESCENA VII

DICHOS e IRENE

IRENE. ¡Señor!...

(*Nuevos aldabonazos, más fuertes que los anteriores.*)

OCTAVIO. ¡Ay!

ENRIQ. ¡Dios mío!

P. LUIS. Anda a abrir la puerta de la calle, no vaya a echarla abajo.
(*Vase Irene.*)

ESCENA IX

DICHOS menos IRENE

P. LUIS. Escondeos vosotros.

OCTAVIO. (*Tirando de la mano a Enriqueta hacia la lateral iquierda.*)
¡Sí, ven, ven!

P. LUIS. (*Separándolos.*)
¡No!
(*Señalando la lateral derecha a Octavio.*)
Tú en este cuarto,
(*A Enriqueta, señalándole la izquierda.*)
y tú en aquel otro.

(*En este momento se oirá una voz recia que viene de la escalera.*)

P. LUIS. (*Empujándolos cada uno a su cuarto.*)
¡Pronto! ¡No hay que perder tiempo!

OCTAVIO. ¡Piense usted que lleva sable, tío!

P. LUIS. (*Mostrándole los rosarios.*)
Y yo, ¿crees que no llevo ningún arma? ¡Mira! Contra ésta, no hay quien se atreva.
(*Mutis los dos.*)

ESCENA VIII

PADRE LUIS y ROBERTO

ROBERTO. (*Adelantándose, furioso, hacia el Padre Luis, con voz estentórea.*)
¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

P. LUIS. (*Señalándole una silla.*)
Siéntate y procura moderar tu cólera. Es menester que hablemos.

(*Irene atravesará por el foro, haciendo mutis por la lateral izquierda.*)

ROBERTO. ¡Hablar!... No es cuestión de hablar, sino de obrar.
(*Llevándose la mano a la empuñadura del sable.*)

P. LUIS. ¡Roberto, permítame que te diga que has adoptado un sistema, que estoy temiendo ha de darte funestos resultados. ¿Qué piensas decirle a tu hijo?

ROBERTO. Decirle... ¿Ves este sable? En dos pedazos he de partirle sobre sus espaldas.
(*Señalando el sable.*)
¡Un mozalbete de veintitres años, que sólo debiera pensar en su trabajo, a fin de crearse una posición y dejar de ser una carga para su padre... atreverse a robar una mujer sin mi permiso!... ¡Rayos y centellas!

P. LUIS. Habrá pensado que aunque te lo pidiera, tú tampoco se lo habías de conceder.

ROBERTO. ¿Querrá casarse, por supuesto?

P. LUIS. ¡Naturalmente!

ROBERTO. ¡Imbécil! ¡Hasta en esto ha de dar muestras de su estupidez!

P. LUIS. ¿De modo que tú crees que no debe casarse-

ROBERTO. ¡Claro que no!

P. LUIS. Y abandonar a su novia, después de haberla hecho concebir esperanzas de felicidad y haberla jurado un amor eterno. ¿No es esto?

ROBERTO. ¡Quién hace caso de juramentos de amor!

P. LUIS. Comprometerla a los ojos del mundo, haciendo que éste ponga en tela de juicio su virtud y le arroje a la cara su menosprecio... Llevar la vergüenza en el seno de una familia y sembrar la semilla del dolor y la desesperación en el corazón de una madre que ha cifrado todas sus esperanzas en el amor de su única hija. ¿Te pare ecto justo?

ROBERTO. ¿De manera que, según tú, Octavio debe casarse?

P. LUIS. ¡Sí! Si su corazón no le impulsara ya a a ello, se lo mandaría su conciencia.

ROBERTO. Y una vez casado, le mantendrás tú, ¿no es esto?

P. LUIS. ¡Roberto!...

ROBERTO. ¿Quién va a mantenerle entonces?... ¿Yo? ¡Te equivocas!... Mi empleo de comandante me produce escasamente para vivir los dos, y a fuerza de mucho trabajo.

Calcula tú como ibas a sostener dos casas. ¡Semejante suposición es absurda!

P. LUIS. ¿Acaso crees que él iba a permitirlo? Tu hijo tiene más orgullo y dignidad de lo que tú te figuras.

ROBERTO. ¿Ah, sí?... ¿Quién le mantendría entonces?... ¿Van a vivir del aire del cielo?... ¿Se figura él que el amor le va a dar para hacer hervir el puchero? Ya pasaron aquellos tiempos de "contigo pan y cebolla". Hoy día, las mujeres están sólo por lo positivo. Que le haga pasar a su mujer miserias y privaciones... ya verá en lo que se convierte su pasión, por más volcánica que sea. El amor es un dulce muy sabroso cuando se tiene dinero, pero cuando se carece de él se vuelve más amargo que rejalgar. ¡Buenos están los tiempos!

P. LUIS. ¡Cualquiera, al oirte, se figuraría que habías llevado muchos desengaños! Todo eso que dices, podrá rezar con ciertas mujeres...; pero cuando se ama de veras, el amor lo dulcifica todo y nos da fuerzas para sobreflevar toda clase de adversidades. Tú, que así te explicas, ¿qué motivos tienes para ello?... ¡Acuérdate de tu mujer!... ¿Acaso tuviste nunca queja de ella?... ¿Abundó mucho el dinero en tu casa? ¡Entonces!... ¿Por qué te quejas?

ROBERTO. Mi mujer...

P. LUIS. Sí, tu mujer... Algunas veces vino a contarme sus penas y sus desengaños. ¡Bien te quiso la desdichada!... Y tú... ¿cómo le pagaste su cariño?... Corriendo en pos de toda clase de placeres. Olvidándote del juramento que prestaste delante de Dios, al aceptarla por esposa. Aún me parece verla sentada en este sillón, con lágrimas en los ojos, en actitud suplicante y dolorosa... Su voz, embargada por los sollozos, aún resuena en mis oídos... "No me ama—me decía—, huye de mí, para correr en pos de locos devaneos... ¡Ya no me resta otra esperanza que mi hijo!..." Y con las manos juntas y la voz vacilante y temblorosa: "si yo muero—añadía—, y su padre, alucinado por sus placeres, no se acuerda de su hijo como debiera, cuídate tú de él, protégele..., haz de él un hombre honrado!"

ROBERTO. (*Dando con el pie en el suelo.*)

¡Así ha subido él con tus consejos!... En vez de seguir la carrera de su padre, de empuñar el fusil y salir en defensa de su patria, ha preferido dedicarse al foro.
(*Con desprecio*)
¡Linda carrera! Hace sólo un año que se licenció y
(*Con sarcasmo.*)
ya tiene un pleito. ¡El chico es muy aprovechado!... ¡Si va a salir una lumbrera!

P. LUIS. Haces mal en hablar así de tu hijo. Hoy te ves fuerte, vigoroso...; pero los años pasan... y nos legan como herencia los achaques, los dolores de reuma, los alifafes propios de la vejez... ¡Pobre Roberto!... A pesar de todo tu valer, de toda tu energía, no has de poder resistir al eterno martilleo del tiempo, que va convirtiendo en polvo los eslabones de esa dura cadena que llamamos vida. ¿Qué será de ti cuando llegues a esa edad crítica en que el amor y las ilusiones pasan de largo, sin detenerse ante nuestra puerta?... ¿Qué será de ti, si no cuentas con el cariño de tu hijo?...

ROBERTO. (*Paseándose, muy nervioso, de un lado a otro de la habitación.*)
¡Vaya unas ganas de ponerle a uno nervioso!... ¿Qué necesidad tenías ahora de recordarme que ya he cumplido los cincuenta?... ¡Aún no soy ningún viejo, qué diablo!

P. LUIS. ¡Pero lo serás!... En tus cabellos blanquean ya algunas canas..., y si te miras al espejo, fácilmente podrás ver, ahí en la sien,
(*Se la señala.*)
más de una arruga indiscreta, que a pesar de todos tus afanes, se empeñan en recordarte la edad que tienes.

ROQERTO. (*Pasándose la mano por la frente.*)
¡Eso no es verdad!

P. LUIS. ¡Pobre loco!... ¡Sé franco!... ¿No has notado todavía ningún síntoma de vejez?

ROBERTO. (*De mal humor.*)
¿Te han dicho que sufro ataques de gota? ¡Ya lo veo!

P. LUIS. (*Echándose a reir.*)
¡Já, já, já! ¿Será verdad?

ROBERTO. ¡Sí, hombre, sí!... ¿Te alegra eso mucho?

P. LUIS. (*Riendo.*)
¡Qué dicha, hombre, qué dicha!

ROBERTO. ¿Cómo?... ¡Ya quisiera verte a ti con un ataque! Veríamos si te quedaban ganas de reir.

P. LUIS. ¿Te hace sufrir mucho?

ROBERTO. ¡Horriblemente!

P. LUIS. Tanto mejor.

ROBERTO. ¿Te estás burlando de mí?

P. LUIS. Ya no te falta más que dar algunos pasos para llegar a la situacifin que te pintaba antes. ¡Viejo, enfermo, y sin cariño! ¡Ya verás, ya verás cómo te diviertes!

ROBERTO. Qué he de hacer entonces, ¿sepamos?

P. LUIS. Deja casar a tu hijo.

ROBERTO. ¿Y eso me curará de la gota?

P. LUIS. ¡No!... Pero te curará tu mal genio y te proporcionará el placer, dentro de algunos años, de acariciar la cabecita rubia y sedosa de alguno de tus nietezuelos, que andará en torno tuyo revolviéndolo todo.

ROBERTO. ¡Muy bonito! ¡La medicina va a ser peor que la enfermedad!

P. LUIS. ¿Te decides?

ROBERTO. ¡No! ¡No!
(*Pausa.*)
Y luego... sé yo acaso de quién ha ido a enamorarse mi hijo?... ¿Quién me responde de que haya estado acertado en su elección?... Una mujer que se deja robar... convengamos en que habla muy en favor de sus principios.

P. LUIS. Cuando los padres son tan obstinados que se niegan en hacer la felicidad de sus hijos, éstos deben recurrir a medios extremos.

ROBERTO. Luis... perdóname que te lo diga...; nadie al oirte, diría que eres un ministro del Señor. Tienes la manga muy ancha. Bien es verdad que si te hiciste cura...

P. LUIS. ¿Qué quieres decir?

ROBERTO. Harto lo sabes.

P. LUIS. ¿Crees tú que porque la desgracia se cebó en mí, y mi corazón, igual al tuyo y al de los demás, tuvo que llorar un desengaño, no sé cumplir con mi deber y con mi sagrado ministerio?... Aquello... ya pasó... ahora...
(*Señalándole la cruz.*)
sólo me resta esto... ¡Ya ves si he ganado en el cambio!

ROBERTO. ¿Quiéres llamar a mi hijo?

P. LUIS. Sí... pero antes... me has de jurar... que le perdonas.

ROBERTO. Está bien. ¡Lo juro!

(*El padre Luis dará dos golpes.*)

ESCENA X

DICHOS y OCTAVIO

P. LUIS. (*Señalando al comandante.*) ¡He ahí a tu padre!... ¡Cumple con tu deber!

OCTAVIO. (*Avanzando tímidamente hacia él: al hallarse enfrente inclinará la cabeza y balbuceará:*) ¡Perdón!

P. LUIS. (*Con energía, por Roberto, que permanecerá sin contestar.*) ¿A qué esperas?

ROBERTO. (*Conmovido a pesar suyo.*) Levanta... ¡Te perdono!

P. LUIS. ¡Falta algo todavía!

ROBERTO. (*Con mal humor.*) ¿Qué he de hacer, pues?

P. LUIS. Abrirle los brazos y estrecharle contra tu corazón.

ROBERTO. (*Abriendo los brazos a su hijo.*) ¡Bien!

OCTAVIO. (*Con inefable gozo.*) ¡Papá!

P. LUIS. ¡Ahora es cuando empiezas a tener hijo!

OCTAVIO. (*Al Padre Luis con gran regocijo.*) ¿Y consentirá?...

P. LUIS. ¡Naturalmente!

ROBERTO. ¡No! ¡No! ¡Eso, nunca! ¿Que es lo que os habéis figurado de mí?... Me habéis tomado por algún polichinela... Ahora mismo te vienes conmigo a Madrid... y como vuelvas a robar a otra mujer... nos veremos las caras.

OCTAVIO. (*Suplicante y desesperado.*) Pero, tío... ¿no oye usted?

P. LUIS. Roberto... ¡ten en cuenta lo que haces!

OCTAVIO. Si usted no consiente que me case con Enriqueta, soy capaz...

ROBERTO. ¿De qué?... ¡Sepamos!

OCTAVIO. De atravesarme el corazón con este sable. (*Hace un gesto como si tratara de apoderarse del sable de Roberto; éste le contendrá.*)

ROBERTO. (*Conmovido a pesar suyo.*)
¡Alto ahí, mil rayos!

P. LUIS. (*Aparte.*)
¿Quieres ser el causante de la muerte de tu hijo?

ESCENA XI

DICHOS y ENRIQUETA

OCTAVIO. (*Corriendo hacia ella.*)
¡Enriqueta! ¡Enriqueta! Pídeselo tú; seguramente a ti no se atreverá a decirte que no.

ENRIQ. (*Aproximándose poco a poco a Roberto, que la contemplará como sorprendido por su belleza, juntando las manos con candor y humildad.*)
¡Señor! ¡Señor!... Déjeme usted casar con su hijo.

ROBERTO. (*Retrocediendo sorprendido.*)
¡Eh!
(*Aparte al Padre Luis.*)
Pero esta es la...

P. LUIS. La misma. Te sorprende su candor y su belleza, ¿no es verdad?

OCTAVIO. (*Aparte al Padre Luis.*)
Arrodillémonos.
(*Los dos se arrodillan a los pies de Roberto.*)

ENRIQ. ¡Consienta usted, señor!

OCTAVIO. ¡Consienta usted!

ROBERTO. (*Cogiéndolos por un brazo y ayudándolos a levantar.*)
¡Rayos y centellas!... ¡Creo que esta va a ser la primera batalla que pierda!... Ante este fuego graneado, quién no se rinde... Al mejor general quisiera ver yo en mi lugar...

P. LUIS. ı*Estrehándole la mano.*)
¡Robreto!...

OCTAVIO. (*Ebrio de gozo.*)
¿Consiente usted?

ROBERTO. Sí, sí, consiento... ¡Rayos y truenos!
(*Dándole una palmada en la espalda.*)
¿Cómo diablos te las has arreglado, sin vestir uniforme, para enamorar a esa rosa de mayo?...
(*Cogiendo de la mano a Enriqueta.*)
Y tú, ¿cómo te has dejado engañar por este alcornoque? Ese palmito y esa cara de gloria, son dignos de los tres entor-

chados... ¿No te gustan a ti los militares?

ENRIQ. Sí, señor; pero me gustan más los paisanos.
(*Sonriendo a Octavio.*)

P. LUIS. (*Aparte a Roberto.*)
Apúntate esta, comandante.

ROBERTO. (*Aparte.*)
¡Sí, hijo, sí! Ya veo que voy perdinedo el prestigio del uniforme.

P. LUIS. Ya no te queda otro recurso que el sillón y la franela.
(*Señalando la pierna.*)

ROBERTO. Calla, hombre, calla... que aún estoy en activo servico.

(*Durante este aparte, Enriqueta y Octavio sostendrán diálogo en voz baja.*)

ESCENA XII

DICHOS e IRENE

IRENE. (*Presentando una tarjeta al cura.*)
Con permiso de estos señores. Señor cura, una señora que espera abajo, me ha entregado esta tarjeta para usted.

P. LUIS. (*Después de haber leído la tarjeta.*)
(*Aparte.*)
¡Ella!
(*Alto.*)
Dígale usted que haga el favor de aguardar un momento.
(*Vase Irene.*)

ESCENA XIII

DICHOS, menos IRENE

P. LUIS. (*Por Enriqueta.*)
¡Hija mía, tu madre acaba de llegar¡

ENRIQ. ¡Dios mío!

P. LUIS. A tí, Roberto, es a quien corresponde recibir a esta señora.

ROBERTO. ¡Eh!...

P. LUIS. Tú, como padre de Octavio, es quien debe dirigirse a ella en nombre de tu hijo.

ROBERTO. Muy bien... De modo que tengo que ser yo quien le pida perdón.

P. LUIS. Es tu deber.

ROBERTO. ¡Ah, no!... ¡Eso, nunca!

ENRIQ. (*Aproximándose a él, cariñosa.*)

¡Hágalo usted por mí!... ¡Si lo hace, le guardaré eterno reconocimiento!

ROBERTO. (*Con menos firmeza.*)
¡Oh, no!...

ENRIQ. Y le querré a usted con toda mi alma.

ROBERTO. (*A punto de ceder.*)
¡Ah, no!...

ENRIQ. ¡Vamos!... ¡Sea usted bueno y complaciente!... Un militar tan bizarro como usted, debe ser galante con las damas.

ROBERTO. ¡Bueno!... ¡La recibiré!... Hoy me estoy portando como un cabo.

ENRIQ. (*Estrechándole las manos.*)
¡Gracias, gracias!

ROBERTO. Esta muchacha es capaz de pedirme que me eche de cabeza por el balcón... y... ¡lo haré!... ¡Vaya si lo haré!... ¡Qué diablos tendrá la chiquilla!

P. LUIS. (*Desde la puerta.*)
¡Irene! ¡Irene!
(*Aparece Irene.*)
Dígale usted a esa señora que tenga la bondad de pasar.
(*Vase Irene. Dándole un golpecito en la espalda a Roberto.*)
Ya sabes lo que te toca hacer.

ROBERTO. Sí, hombre, sí... Pedirle perdón por haberle robado a su hija.

P. LUIS. Tú, no... Tu hijo.

ROBERTO. ¡Es lo mismo!

P. LUIS. ¡Qué va a ser lo mismo! Y luego...

ROBERTO. (*Asustado.*)
¿Aún hay más?

P. LUIS. ¡Ya lo creo! ¡Como que falta lo esencial!

ROBERTO. ¡Hola, hola!... ¿Voy a tener que robarla yo también a ella?... Pues, mira, si es guapa...

P. LUIS. ¿Quieres callarte? Luego, debes pedirle la mano de su hija para tu hijo. Es indispensable.

ROBERTO. ¡Ah, sí!... ¡Ay, Dios mío!... Estoy viendo que voy a hacer algún disparate. Yo no me he visto nunca en estos lances.

ESCENA XIV

DICHOS e IRENE

IRENE. (*Desde la puerta.*)
¡La señora aguarda ahí fuera!

P. LUIS. (*Empujando a Enriqueta y Octavio hacia la lateral derecha.*)

¡Venid vosotros!
(*A Roberto, desde el dintel de la puerta.*)
¡Veremos como te portas!

ROBERTO. ¡Descuida!

IRENE. Doña Aurelia Rondoni.

ESCENA XV

AURELIA Y ROBERTO

AURELIA. (*Saludando.*)
¡Caballero!

ROBERTO. (*Saludando.*)
¡Señora!

AURELIA. Usted no es el Padre Luis.

ROBERTO. ¡No, señora, no!... ¿Acaso tengo yo facha de cura?
(*Aparte.*)
Estoy viendo que si continúo aquí mucho tiempo, voy a acabar por cantar misa.

AURELIA. ¡Entonces!...

ROBERTO. El Padre Luis es mi hermano.

AURELIA. ¡Ah!...

ROBERTO. Y si usted no tiene inconveniente, podemos tratar el asunto que le trae a usted a esta casa entre los dos.

AURELIA. De modo que usted conoce...

ROBERTO. Al pie de la letra.

AURELIA. ¡Ay ,caballero... caballero. Tiene usted delante a la más desventurada de las madres.

ROBERTO. No se desconsuele usted. Al fin y al cabo, yo me hallo en la misma situación que usted y no me desespero.

AURELIA. (*Contemplándole con extrañeza.*)
¿Usted?...

ROBERTO. ¡Sí, señora, sí!... Yo soy el padre.

AURELIA. ¿Pero no me ha dicho usted que el Padre era su hermano?

ROBERTO. (*Dando un salto atrás.*)
¡Cómo mi hermano! Señora, tenga usted en cuenta lo que dice.

AURELIA. ¿El Padre Luis, no es su hermano?

ROBERTO. Sí, señora.

AURELIA. Entonces...
(*Aparte.*)
¡No comprendo!

ROBERTO. ¡Usted, sin duda, debe venir por su hija!

AURELIA. Sí, señor, por ella vengo. A llevármela de aquí para encerrarla en un convento toda su vida. La que como ella se olvida de sus deberes y comete una acción se-

mejante, no es digna de perdón ni de clemencia.

ROBERTO. (*Aparte.*)
La ocasión no es muy oportuna...

AURELIA. Ella, perteneciente a tan noble estirpe, descendiente de una rama de la más rancia nobleza castellana..., que ha sido siempre obsequiada y galanteada por el *clou* de nuestra aristocracia, con palco en la Opera y automóvil de cuarenta caballos... ir a enamorarse de un cualquiera!

ROBERTO. ¡Cómo!...

AURELIA. De un abogadillo sin pleitos, ni esperanzas de tenerlos nunca..., de un chupa tinteros ridículo y desaliñado.

ROBERTO. ¡Señora!... ¡Señora!
(*Montando en cólera.*)
¡Eso sí que no lo tolero!

AURELIA. ¿Y a usted qué le importa?... ¿Tiene usted la culpa de que el muchacho sea un Don nadie, y su padre un militarote, sin principios ni educación?

ROBERTO. (*Fuera de sí, gritando desaforado.*)
Si no fuese usted una señora, le contestaría a usted como se merece.

AURELIA. ¿Está usted loco?

ROBERTO. Sepa usted que ese militarote, según acaba usted de decir..., ¡soy yo!

AURELIA. (*Con asombro.*)
¡Usted!

ROBERTO. Sí, señora... ¡yo! ¿Qué tiene usted que decir de ello?

AURELIA. (*Con creciente cólera e indignación.*)
Usted... es el padre del que ha raptado a mi hija?

ROBERTO. ¡El mismo!

AURELIA. ¿Y tiene usted valor para presentarse ante mi vista?

ROBERTO. ¡Señora!...

AURELIA. ¿No se siente usted avergonzado, humillado?...

ROBERTO. (*Sin saber lo que le pasa.*)
Pero...

AURELIA. Ya adivino... Usted también es cómplice del rapto. Entre usted y su hijo, han combinado todo el plan.

ROBERTO. (*Indignado.*)
¿Qué dice usted?

AURELIA. ¡Es inútil que trate usted de negar! Ha sido un complot infame!

ROBERTO. (*Fuera de sí.*)
Tenga usted entendido que aunque me

entregara usted a su hija cubierta de oro, no la aceptaría nunca por esposa de mi hijo.

AURELIA. Yo... yo entregarle a mi hija... Primero muerta quiero verla. Una descendiente de sangre azul, enlazarse con el hijo de... un sargento.

ROBERTO. (*Furioso.*) ¿Eh?... ¿Cómo?... (*Enseñándole los galones.*) Sepa usted que mis estrellas me las he ganado en el campo de batalla, oyendo silbar las balas en mis oídos y desafiando a la muerte. Algunas sangrías me cuestan. Y aunque mi sangre no sea azul, la tengo bien roja a Dios gracias.

ESCENA XVI

DICHOS Y EL PADRE LUIS

P. LUIS. ¿Qué sucede? ¿Por qué estos gritos? (*Aparte a Roberto.*) ¿Ya le has pedido la mano?

ROBERTO. ¡La mano! Si le pido la mano me arrima el pie.

P. LUIS. Retírate. Tú no tienes diplomacia...

ROBERTO. Te advierto que retiro mi consentimiento.

P. LUIS. (*Aparte.*) ¡No le habrás pedido perdón!

ROBERTO. ¡Perdón! Primero me paso al enemigo. (*Vase.*)

ESCENA XVII

PADRE LUIS Y AURELIA

AURELIA. (*Confundida y emocionada.*) Es usted...?

P. LUIS. Yo... que le pido a usted perdón por la forma destemplada y poco respetuosa con que acaba de tratarla mi hermano... Escúsele usted... se lo pido por nuestra antigua amistad.

AURELIA. Yo no pude imaginarme que fuera usted quien...

P. LUIS. Yo mismo. Su hija se halla en lugar seguro y bajo mi salvaguardia. Nada debe usted temer por ella.

AURELIA. ¿Será posible?

P. LUIS. Se lo juro.

AURELIA. Gracias, gracias.
(*Pausa.*)

P. LUIS. ¿Me ha reconocido usted?

AURELIA. Cómo no.

P. LUIS. Nada hubiera tenido de extraño... Los años han cuberto de nieve mis cabellos y mi cuerpo se inclina ya hacia la tierra... ¡Ha pasado tanto tiempo, tanto!...

AURELIA. ¡Es verdad!

P. LUIS. Aurelia, mi sobrino ama con vehemencia a su hija de usted. Si no es noble por sus pergaminos, lo ès por su corazón. Sé que usted se ha aficionado a la nobleza y considera como falta imperdonable el carecer de ella. ¡Hace usted mal! La bondad, el trabajo y la religión, son títulos de nobleza, tanto o más esclarecidos que los que podamos heredar de nuestros mayores.

AURELIA. Casarse mi hija con su sobrino... ¡jamás!

P. LUIS. Considere usted que le ama, que será feliz con él.

AURELIA. ¡No!... Mi hija puede aspirar a mucho más; hacer un gran casamiento. Este ha sido el sueño de toda mi vida, el ideal que he acariciado constantemente. ¿Cómo quiere usted que me resigne a hacer de ella una menestrala? ¡No insista usted, sería inútil!

P. LUIS. ¿Cree usted que el dinero y los títulos de nobleza dan la felicidad?

AURELIA. Si no la dan, ayudan a procurarla.

P. LUIS. Se equivoca usted. La gloria, el honor, las riquezas, pueden dar la consideración, el respeto... pero no la felicidad. Se figura usted que por habitar en un palacio y tener coches y lacayos su hija será feliz... Créame usted a mí, que he aprendido en el gran libro de la experiencia, y he visto que allí donde no reina el amor, aunque el dinero vaya a manos llenas y la gloria y los honores brillen con los más ricos resplandores... la felicidad pasa de largo, desdeñándose de entrar.

AURELIA. No, no.

P. LUIS. Piense usted que acaba de franquear los umbrales de la vida; que su corazón, dormido hasa ahora, despierta a los primeros arrullos del amor.

AURELIA. Creo que se halla usted equivocado. Mi hija es muy joven todavía para que ese

amor haya arraigado muy hondo en su corazón.

P. LUIS. (*Con orgullo.*)
¡Mi sobrino es honrado!

AURELIA. Sí; pero no basta con la honradez.

P. LUIS. ¿Qué más se puede desear?

AURELIA. Usted, humilde sacerdote, que vive retirado en este rincón de mundo, no es extraño que lo juzgue usted así. Pero los que vivimos en eterna lucha con la sociedad y que debemos rendir pleito homenaje a lo que se ha dado en llamar las conveniencias sociales... debemos atender a otras razones.

P. LUIS. ¿Y qué es menester entonces?... ¿Hay algo que supere a la honradez?

AURELIA. La nobleza.

P. LUIS. ¡No!... Porque se puede ser honrado, sin ser noble, pero noble sin ser honrado, ¡jamás!

AURELIA. No divaguemos.

P. LUIS. Cree usted humillada a su hija por casarse con un plebeyo?

AURELIA. ¡Sí!

P. LUIS. ¿Y no la consideraría usted menos humillada entregándola a un igual a ella, aunque su corazón no sintiera por él el menor asomo de cariño... la más ligera inclinación?...

AURELIA. El amor viene luego...

P. LUIS. ¡No! El amor no viene, aunque se le llame, si no se le llama a tiempo.

AURELIA. ¿Usted qué sabe?

P. LUIS. ¡Tanto como usted!

AURELIA. ¿Yo?

P. LUIS. ¡Sí!... ¿Ha sido usted feliz acaso?... Respóndame con el corazón en la mano.

AURELIA. ¿Por qué no había de serlo?

P. LUIS. ¡No! No lo ha sido usted. Ha creído serlo, pero de creerlo, a serlo en realidad, media gran distancia... A pesar de sus trenes, de su boato, de su lujo..., en su corazón ha quedado un hueco que nadie ha sabido llenar... Y a través de los años remotos, ha flotado siempre el recuerdo hacia el pobre estudiante de antaño.

AURELIA. (*Emocionada.*)
¡Por favor!

P. LUIS. ¿A qué temer ahora? Entre nosotros dos, media el soplo helado de los años...; median estos hábitos...; media...

(*Señalando la imagen de Jesús crucificado.*)
este Cristo, que supo prestarme amparo y protección cuando con el coraón desgarrado y a punto de desertar de la vida, me acogí a El, consagrándole mi existencia.
(*Acercándose a ella, que permanece profundamente emocionada.*)
¿Quiere usted hacer de su hija lo que fué su madre? ¿Quiere usted condenarla, como hizo la suya, al atroz martirio de una vida sin amor y sin consuelo? No ponga usted un dique al torrente de la juventud..., que en el jardín de la vida, las flores más hermosas son las que hace brotar el amor.
(*Aurelia, vencida por la emoción, no podrá contener las lágrimas.*)
¿Llora usted?
(*Adelantando hacia la puerta y gritando:*)
¡Enriqueta! ¡Enriqueta!

ESCENA XVIII

DICHOS Y ENRIQUETA

ENRIQ. (*Deteniéndose, vacilante, en el dintel de la puerta.*)

P. LUIS. (*Señalando a Aurelia.*)
¡Abraza a tu madre!

ENRIQ. (*Avanzando hacia Aurelia. Esta, al verla, le abrirá los brazos.*)
¡Mamá!

AURELIA. (*Con la voz entrecortada por los sollozos.*)
¡Hija mía!

P. LUIS. ¡He ahí la verdadera felicidad!
(*Desde la puerta.*)
¡Venid todos, venid!

ESCENA XIX

DICHOS. OCTAVIO Y ROBERTO

OCTAVIO. (*Al Padre Luis.*)
¿Consiente?

P. LUIS. ¡Sí!

OCTAVIO. (*Avanzando hacia ella y apoderándose de su mano, con voz impregnada de gratitud.*)
¡Señora!...

P. LUIS. Llámala madre.

OCTAVIO. (*Abrazándola.*)
¡Madre mía!

(*Desprendiéndose de sus brazos y secándose los ojos, empañados de lágrimas.*)

No tendrá usted que arrepentirse de haberme aceptado por hijo... Yo sabré hacerme acreedor a este título.

AURELIA. (*Señalándole a Enriqueta.*)
¡Hazla feliz!

ENRIQ. (*Estrechando con pasión las manos de Octavio.*)
¡Lo soy ya!

ROBERTO. (*Aparte al Padre Luis.*)
Oye... ¿y de mí no se acuerdan?

P. LUIS. (*A Aurelia.*)
¡Señora! Mi hermano quiere presentarle sus escusas.

ROBERTO. ¡Cómo! ¡Cómo!... ¡Es que ella me llamó sargento!

AURELIA. (*Estrechándole la mano.*)
¡Quise decir general!

ROBERTO. (*Inclinándose ante ella y estrechándole la mano.*)
¡Ah! Siendo así... ¡capitulo!

(*Enriqueta y Octavio formarán grupo aparte, pero al ver Padre Luis que fija en ellos una mirada de inefable contento, se dirigirán hacia él, apoderándose de sus manos con expresión de inmensa gratitud.*)

OCTAVIO. ¡A usted es a quien debemos nuestra felicidad!

P. LUIS. (*Señalando al Crucifijo y contemplándole con gran ternura y devoción.*)
¡No! ¡A El! ¡A El, únicamente!

(*Enriqueta y Octavio juntarán las manos con gran fervor, como dando gracias a Dios. El Padre Luis contemplando la imagen con dulzura infinita.*)

¿No os parece que se sonríe?

AURELIA. ¡Sí, sí!

ROBERTO. (*Empinándose de puntillas para ver mejor.*)
Pues yo..., por más que miro, no sé ver nada.

P. LUIS. Porque no mirarás como es debido.

ROBERTO. Más fijo, ya no puede ser.

P. LUIS. Sí; concentra bien la mirada, deja que asome a ella tu alma, y cuando la tengas bien impregnada de fe... vuelve a mirar... ¡ya verás cómo se sonríe!

ROBERTO. Pero, ¿por qué ha de sonreirse?

P. LUIS. Porque Dios se sonríe siempre de las buenas acciones..., y cuando éstas llevan como premio la felicidad..., su sonrisa llega hasta el corazón de los hombres...

(*Abrazando a los dos jóvenes.*)

TELON

OBRAS DRAMÁTICAS

Originales de D. Augusto Fochs Arbós

Abuelo, cuadro dramático, en verso, estrenado en el teatro Circo Español, de Barcelona.

Viento de proa, cuadro dramático, en verso, estrenado en el teatro Apolo, de Barcelona.

Hacia el abismo, drama en seis actos, estrenado en el teatro Arnau, de Barcelona.

El hombre que ríe, arreglo de la novela de Victor Hugo, drama en seis actos, estrenado en el teatro Arnau, de Barcelona.

La Víbora, drama en cuatro actos, estrenado en el teatro Arnau.

Aires de montanya, drama en catalán, en tres actos, estrenado en el teatro Arnau.

La corte de Enrique II, melodrama en siete actos, estrenado en el teatro Apolo, de Barcelona.

El Fantasma Gris, drama moderno, en seis actos, estrenado en el teatro Apolo.

La Risa del Payaso, cuadro dramático, estrenado en el teatro Apolo.

El Imperio de las Sombras, melodrama en siete actos, estrenado en los teatros España y Apolo, de Barcelona.

Cors de vidre, comedia dramática catalana, estrenada en el teatro Romea, de Barcelona.

Los ojos muertos, cuadro dramático estrenado en el teatro Nuevo, de Barcelona.

El secreto, cuadro dramátco en verso, estrenado en el teatro Apolo, de Barcelona.

El sueño negro o *Amor que mata*, drama en seis actos, estrenado en el teatro Apolo, de Barcelona.

Pepita de Oro, juguete cómico en tres actos, estrenado en los teatros Excelsior y Poliorama, de Barcelona.

El espectro, juguete cómico en un acto, estrenado en el teatro Poliorama, de Barcelona.

Fantomas, o *El ladrón misterioso*, drama policíaco, en siete actos, estrenado en el teatro Apolo, de Barcelona.

La alondra y el milano, melodrama en ocho actos, estrenado en los teatros Princesa, de Valencia, Apolo, de Barcelona, Principal, de Málaga y Cádiz, San Fernando, de Sevilla, Campos Elíseos, de Bilbao y Coliseo Imperial, de Madrid.

Como los pájaros, comedia en dos actos, estrenada en el teatro Excelsior, de Barcelona.

La mala semilla, comedia en dos actos, estrenada en el teatro Poliorama, de Barcelona.

Las máscaras negras, drama policíaco en seis actos, estrenado en los teatros Apolo, de Barcelona; Princesa, de Valencia; Campos Elíseos, de Bilbao; Principal, de Cádiz y Málaga; Alhambra, de Granada; Circo, de Zaragoza, y Romea, de Murcia.

Dios aprieta..., comedia en dos actos, estrenada en el teatro Eldorado, de Barcelona.

Ley de vida, cuadro dramático, estrenado en el teatro Novedades, de Barcelona.

La vida por la vida, drama social, en seis actos, estrenado en el teatro Apolo, de Barcelona.

La Fábrica, drama social, en seis actos, estrenado en el teatro de la Princesa, de Valencia, y en el Apolo, de Barcelona.

Las heroínas, comedia en tres actos, estrenada en el teatro Eldorado, de Barcelona, y Coliseo Imperial, de Madrid.

Por el honor, comedia dramática, en cuatro actos, estrenada en el teatro Eldorado, de Barcelona.

El precio de la gloria, comedia en tres actos, estrenada en el teatro Imperio, de Barcelona.

La sonrisa de Dios, comedia en dos actos, estrenada en el teatro Poliorama, de Barcelona, y en el Coliseo Imperial, de Madrid.

Blanca de Navarra, melodrama histórico, en seis actos, estrenado en el teatro Arnau.

Los ladrones de guante blanco, melodrama en seis actos, estrenado en el teatro Triunfo.

La ley de Dios, cuadro dramático, estrenado en el teatro Apolo.

La duquesa espía, drama militar, en seis actos, estrenado en el teatro Apolo, de Barcelona; Principal, de Cádiz; Alhambra, de Granada, y Kursaal, de Melilla.

El grito de libertad, cuadro dramático, en verso, estrenado en el Gran Teatro Español, de Barcelona.

OBRAS

Originales de D. Manuel Ferradas

Por el honor. Comedia dramática en 4 actos, estrenada en el teatro Eldorado, de Barcelona.

La sonrisa de Dios, comedia en dos actos, estrenada en el teatro Poliorama, de Barcelona, y Coliseo Imperial de Madrid.



IMPRENTA DE ARTE
Provenza, 304 - Teléf. 111 G.
:: BARCELONA ::

Precio : 1'50 pesetas